

AÑO XI — BARCELONA 15 DE AGOSTO DE 1892 — NÚM. 555

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

José Gallegos

El celebrado pintor español D. José Gallegos



MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Catástrofes del mes de julio. – Cólera en Oriente, aludes en Saboya, inmersión de islas en el Pacífico, erupciones en el Etna. – Libros publicados en julio. – Traducción de Angleria y Memoria sobre Alonso Sánchez. – Apuntes y memorias por la duquesa de la Torre. – Anécdotas respecto del duque. – La noche de su muerte. – Las fiestas del centenario colombino. – Conclusión.

I

¿Qué demonio de *Jetatura* tuvo el mes de julio?, pregunta todo el mundo. Los cuatro patriotas, más ó menos entusiastas, ahorcados como perros en Sofía; los médicos de Astrakán, por no haber puesto entre sus artes la difícil de conjurar el cólera, arrastrados después de estrangulados bárbaramente, y los tristes hospitales, donde centenares de moribundos expiraban, incendiados allí por terribles y devastadoras teas populares; numerosos viajeros, de los que suelen holgarse con plácidas navegaciones por los lagos de la infeliz Helvecia, cocidos en agua hirviente á una explosión de la caldera del vapor *Mont-Blanc*, parecida en este caso á las temibles calderas del infierno; titánico alud aplastando bajo sus moles de cantos rodados y de hielos eternos todo un pueblo de bañistas; uno de los islotes que se alzaba entre las posesiones holandesas de Asia y nuestras Filipinas, sumergido con sus habitantes, como pudiera sumergirse cualquier barco náufrago con su carga y su lastre y su tripulación en deshecha tempestad; el terremoto sacudiendo á cada paso las más bellas comarcas, y el Etna en una erupción tal, que parece por las noches serenas estivales, desde la mar celeste, un sol que se forma entre tonantes irradiaciones eléctricas, siendo un volcán que amenaza repetir en los pueblos esparcidos á su falda la suerte de Pompeya y Herculano, sorprendidos por una erupción semejante y enterrados hoy bajo un sudario de piedra pómez y cenizas, entonces ardientes, ahora mudas como la eternidad que evocan y yertas como la muerte que recuerdan; tantas y tan enormes catástrofes dicen cómo, compuesto el universo de fuerzas que crean y fuerzas que aniquilan en combates titánicos perpetuos, pasa con una indiferencia enorme sobre las cabezas de cuantos se hallan condenados á muerte, pena capital promulgada sobre todas las especies y de la que ninguna podrá eximirse, hallándose todas á una colocadas en el espantoso laminador, que rueda y rueda continuamente, de la transformación universal.

II

Quitemos los ojos de la naturaleza para convertirlos al espíritu. Y en el espíritu veamos una de sus mayores y más luminosas manifestaciones, veamos los libros. No hay que preguntar si son buenos ó malos; basta con que sean libros para con gratitud verlos y agasajarlos con calor. ¡Se lee tan poco en España y sus Indias! Un periódico diario tendrá suscripción; un drama cualquiera, público; un discurso más ó menos elocuente, auditorio: con dificultad un libro tendrá lectores. Yo he podido experimentar en mí la diferencia entre la fama de un discurso y la fama de un libro en esta nuestra patria. Con la brutal memoria que Dios me ha dado, yo sé de coro mis escritos, y los declamo cuando me place, cual un actor su papel. Párrafos míos, guardados en volúmenes de los cuales nadie se acuerda, helos dicho yo en cualquier discurso, y han corrido sin término por todo el planeta y han quedado en la memoria universal. ¿Quién sabe dónde se hallan en mis libros, cuando tantos los han oído y hasta tomado de memoria en mis discursos? Por héroe tengo á quien escribe un libro en España. Si después resulta que sólo alcanza de su publicación idea ó noticia cualquier malhumorado Zoilo, y lo pone como no digan dueñas, bien servido va el autor y puede dar gracias al cielo por el oficio que le tocara en suerte. ¡Ah! El mes de julio se inscribirá con piedra blanca en los anales literarios por sendos libros notables, debidos á dos sabios españoles, ambos eclesiásticos. Es uno cuidada versión de las cartas y décadas escritas por el célebre Angleria, capellán de los Reyes Católicos, maestro de letras en aquella corte gloriosísima, grande de autoridad, con Las Casas, Oviedo, Fernando Colón, Bernal Díaz del Castillo y otros rarísimos en materia de historia colombina. Cosa fácil en los siglos XVI y XVII verter del alto latín al vulgar castellano las obras, cuando escribían en una y otra lengua indistintamente historiadores insignes como Mariana y se correspondían ellas entre sí como hija y madre. Pero desde que nuestra lengua se afrancesó en el siglo anterior y se olvidaron de sus latines hasta los clérigos, una traducción de las magistrales obras latinas del Renacimiento á nuestro estilo reinante, sin aposiciones y sin hipérbaton, resulta por todo extremo difícil. Pues el señor canónigo de Madrid Torres Asensio ha vencido la dificultad, y dádonos una versión de Angleria correctísima, lo cual deben agradecerle de consuno las ciencias y las letras. Meritoria también obra tan erudita como la publicada por presbítero tan competente y maestro en Historia como el Sr. Lorenzo Leal, relativa en gran parte al influjo ejercido por el piloto Alonso Sánchez, náufrago en el mar tenebroso por la segunda mitad del siglo XV, sobre Colón y su descubrimiento, con datos y noticias de la cosecha de aquél por haber abordado á una de las Antillas. El autor no ha comprendido que su trabajo, sin aumentar una probabilidad al influjo de Alonso Sánchez, rebaja y disminuye la obra del descubrimiento sin provecho para nadie. Si Colón sabía la existencia de los archipiélagos descubiertos á ciencia cierta y por noticias experimentales y exactas, adiós adivinación, adiós presentimiento, adiós dudas, adiós audacias, adiós todo cuanto constituye la gloria de aquel épico hecho deslustrada en la revelación de un moribundo, sólo conocido por la incierta revelación oral y de oídas. Que se habían visto en aguas nuestras occidentales bastones tallados, flores extrañas, juncos enormes, hasta cadáveres de un tipo humano diverso de los notados por la experiencia, es evidentísimo. Hay probabilidad de que le diese alguna noticia el buen Alonso Sánchez á Colón para confirmarlo en sus conjeturas, como se las dieron por confesión propia el almirante Pedro de Velasco, descubridor de la isla de Flores en el grupo de las Terceras, y un marino tuerto de la gaditana bahía, y un piloto de Murcia, robusteciéndolo todos en su confianza, de la existencia de tierras hacia el Poniente. Pero el hecho de Alonso Sánchez no tiene mención en otro historiador contemporáneo que no sea Oviedo; y este mismo lo da por inventada novela é ignora el nombre y apellido del fantaseado y romancesco protagonista en su curioso relato. Con los dichos de gentes posteriores á Colón en siglos puede acreditarse una tradición poética, no una verdad exacta. Guardémonos de disminuir las glorias humanas por el afán de acrecentar las glorias patrias. ¡Hartos nombres gloriosos en el cielo de Huelva y su región esplenden con esplendor inmortal, para que pierda cosa con que se quite uno bien obscuro é incierto como el de Alonso Sánchez!

III

Pero el volumen que más ha llamado la general atención ha sido indudablemente uno muy notable, y merecidamente, á causa de su impresión y de su estilo, publicado en París y en francés por mi amiga y señora (c. p. b.) la duquesa de la Torre. Bellísima é inteligente, de amena conversación y perfecto trato social, no había menester la duquesa un libro para brillar en Europa y seguir obteniendo los homenajes de todos cuantos adoran en el mundo la inteligencia y la belleza. Lamentémonos de que haya emigrado aquella vivaz alma de un salón madrileño á París, donde sentirán los dardos despedidos de sus ojos, pero no entenderán los dardos despedidos de sus labios; y como escritora, como escritora excelente, que se nos revela en su libro, lamentémonos de verla escribir en una lengua cuyas finezas y galas han de ocultarse por necesidad á cuantos escribimos y hablamos la única lengua que puede uno escribir y hablar con propiedad y con soltura, la mamada en los pechos de nuestras madres. Pero aparte tal patriótico reparo, no puede negarse que hay en el precioso libro elegancia semejante á la incontestable de su autora cuando se viste y se prende. Junto á esto nótase mucha delicadeza de sentimiento y hasta mucha copia de poesía en los sucedidos que relata como apólogos el libro y en todo aquello que se refiere á la vida femenil y á la sociedad madrileña. Donde anduvo más parca la duquesa y donde más retraída se muestra es allí donde más interés hubiera despertado su libro, en política. ¡Cuántas veces habrá recordado en su destierro, siempre triste, tan triste cuando voluntario como cuando forzoso, que le anunciaba yo la imposibilidad de verse perdonada nunca por la Restauración, la cual no podía mirarla con buenos ojos por haber ocupado su trono vacío y haber hecho papel de reina en el período más dramático de nuestra historia contemporánea! El tiempo gradualmente ha ido persuadiéndola con sus enseñanzas á creer tal verdad, y bajo su impulsión soberana se ha partido de la modesta, pero alegre y regocijadísima calle del general Serrano, á la grandiosa y titánica, pero desierta y triste del Arco de la Estrella. En cuanto manden Sagasta y López Domínguez véngase por Madrid, pues aquí puede tener un salón, como el de Conferencias, en oposición abierta con todos los gobiernos, y muchos medios de escribir y publicar otros libros en buen castellano. Así lo deseamos todos sus amigos. La Restauración sólo existe de nombre, y ha triunfado Alcolea para siempre.

IV

Lo más curioso de libro escrito por quien ha representado papel tan importante de suyo en la política española, hubiera sido alguna de las anécdotas, no privadas, pues pecan éstas de vulgar monotonía y se parecen unas á otras, no; públicas, y referentes á los públicos nacionales destinos. En cuanto yo tenga tiempo, habré de consagrar algunos volúmenes míos á estas historias de las incertidumbres y de las dudas y de las ideas y de las resoluciones personales en los hombres mayores de nuestro tiempo á quienes he tratado y de los móviles psicológicos é internos que les han determinado á proceder, enseñando cómo se diferencia uno entre bastidores y tras el telón corrido, de uno sobre las tablas y ante las candilejas, levantado el telón, puesto al habla ya con todo el mundo. Entonces y sólo entonces diré las personas que salvaron el 24 de abril en 73 al duque de la Torre la vida y ocurrieron á su marcha, imposible casi, hacia la frontera. Y puesto que han recordado estos días varias medidas ministeriales hechos históricos inolvidables, voy á referir uno relacionado con el duque de la Torre y no salido del tintero de la duquesa. Como el 23 de abril los republicanos hirieron por igual á los progresistas y á los conservadores de la Revolución, todos éstos á una se creyeron vengados el 3 de enero siguiente y se frotaron de gusto las manos al placer de los dioses, al placer de su desquite. Bien sabe Dios que yo prefiriera darles el poder á darles caza en abril; como en enero hubiera preferido el triunfo de la legalidad misma, que se había resuelto en monstruosa ingratitud contra mí. Pero no lo quiso Dios. Y así como los republicanos de la Revolución se holgaban en abril sin ver cómo su victoria les traía enero, los monárquicos de la Revolución se holgaban en enero sin presentir el arribo de un cercano diciembre. Pero yo, que había presentido en abril enero, presentí en enero diciembre; y cansado de lo mucho hecho para que aquél no viniera, encontréme con no poder impedir éste y recluíme dentro de una imprescindible abstención, reduciéndome á preparar para la vuelta próxima de D. Alfonso XII mi voluntaria expatriación. Llamóme Serrano pocos días antes de la catástrofe y me reconvino amistosamente por no haberme yo puesto al frente del golpe de Estado, reconvención á la cual yo le contesté: «Recibí del Congreso constituyente mi poder, y por nada en el mundo hubiera yo vuelto ese poder contra quien me lo había dado. Nacido para el Parlamento, criado en el Parlamento, lo mismo el 18 de brumario que el 2 de diciembre, lo mismo aquel julio del 56 como el cercano abril del 73 y el más cercano aún enero del 74, me han sido siempre odiosos y los abominaré de corazón en tanto que lata una conciencia en mi cerebro. Yo he creído y sigo creyendo que la ruptura de nuestra legalidad revolucionaria trae la Restauración aparejada, y por eso me opuse á ella en todas las ocasiones varias. Además, hablemos en plata: el ejército me hubiera echado á los dos ó tres meses del golpe, atribuyendo un sacrificio, como el de mi historia y de mi honor, á desapoderadas ambiciones mías imperdonables. A usted le ha tolerado, por general, más tiempo que me hubiese tolerado á mí. Usted apenas tiene ya dos meses de poder; porque acostumbrada la fuerza pública una vez á echar con los gorros colorados la Comisión permanente y otra vez á echar con los reclutas militares la Asamblea soberana, no le puede tolerar á usted un año, y antes de acabarse por desgracia el que ahora corre, la Restauración estará hecha.» Treinta días después tenía

que dejar Serrano el gobierno y atravesar la frontera. «Yo estoy contentísimo, le dije, de que me haya echado el Congreso, á cuyos pies deposité mi dimisión en cuanto me mostró su desagrado; nunca me podría consolar si me hubiera echado el ejército. Me gustaba mandarlo, no obedecerlo.» Y aquí terminó nuestra conversación. El duque no volvió al gobierno.

V

Un recuerdo capital evoca la duquesa en las postreras páginas de su libro, la muerte de Serrano. Toda la vida me atrajo este misterio de la muerte. Mi alma revolotea en torno de la llama ideal que ilumina la eternidad con el aturdimiento y el empeño de una mariposa. Por eso no pongo en duda la noticia de que vió el general Serrano morir al rey Alfonso en una especie de visión magnética desde su lecho en la postrimer agonía. Sí, murieron al mismo tiempo dos reyes, el electivo y amovible de la Revolución, Serrano; el vitalicio y hereditario de la Restauración, Alfonso. Con el uno y con el otro acabaron sendos contradictorios principios, muertos antes de sus mismas personificaciones. Con Serrano moría el período violento y revolucionario del progreso, y moría con Alfonso el período resistente y reaccionario del gobierno. Morían á un tiempo y á una misma hora la revolución y la reacción. Así debió saber Alfonso que Serrano se moría con él, como debió saber Serrano que se moría con él Alfonso. Implacable la sociedad, lo mismo que la naturaleza, devora cuanto no necesita, joven ó viejo. Ya el progreso y el derecho no necesitaban de la Revolución, y murió el gran revolucionario; ya el gobierno y el Estado no necesitaban de la resistencia y de las reacciones, y murió el gran reaccionario. Ese relato de la duquesa respecto de la visión del duque paréceme verídico de toda veracidad. Mi admirada y admirable amiga Emilia Pardo Bazán, con su excepcional talento de pensadora, que tiende al positivismo y al realismo, se burla en áticos párrafos del relato y lo califica de conseja. Pero no me burlaré yo. Cuando tan cerca de nosotros hemos visto á los iluminados, ¿podremos dudar de intuiciones parecidas á una iluminación celeste? Yo voy á contar algo extraordinario que me pasó la noche aquella en que á un tiempo estaban el duque y el rey de cuerpo presente. Nunca fuí nada en compañía ni bajo la presidencia del duque de la Torre. Impidiólo nuestro dispar origen respectivo. Pero le profesé un afecto amistoso, que nunca se desmintió, muy recíproco por cierto, pues también el duque me apreciaba mucho y oía con una paciencia de santo mis argumentaciones algo dimanadas del hábito que yo tengo de sermonear y aun reñir á todos nuestros repúblicos. Unase á esto que, demócrata y liberal impenitente yo, profeso un culto religioso al recuerdo casi litúrgico de la obra capitalísima del duque, la obra de Alcolea. Allí, bajo sus espuelas, murió la intolerancia religiosa, la trata negra, la esclavitud abominable, el mercado de carne humana, indecibles protervias. Yo rezo. Yo no tengo ningún otro medio de comunicarme con mis muertos. Y rezo las mismas oraciones que mis muertos rezaban en vida para comunicarse con sus muertos. Como había oído yo en la niñez hablar á mi madre viuda con mi padre muerto, poniendo sus hijos ante sí con las rodillas en tierra y las manos plegadas, hablo yo ahora con mi madre y mi hermana. Fuíme á San Jerónimo la víspera del entierro; arrodilléme al pie del ataúd en que dormía Serrano, y recé largo espacio. Entré al caer el sol en la iglesia y salí muy avanzada ya la noche. Era ésta muy clara. Solo y á pie



Estudio, de D. José Gallegos

CANCIÓN AMOROSA, cuadro de D. José Gallegos

recorrí el espacio largo entre San Jerónimo y mi casa. Pocas veces he visto el cielo de Madrid tan espléndido. Parecía un horizonte de Caldea, en que se cuentan las estrellas á simple vista. Toda hermosura me atrae; y á esta invencible atracción convertí la vista, como por instinto, al infinito luminoso. ¡Cuál no sería mi asombro, cuando noté numerosísimos grupos de aerolitos diversos, cruzando el cielo y parecidos á enjambres de abejas áureas ó bandadas de viajeras aves! Diríase que nuevos cielos se tendían sobre mi cabeza y que por todas partes brotaban astros nuevos. Parecía, no una lluvia, sino un diluvio de estrellas. Así dejaban sus surcos en la inmensidad estelas parecidas á las que se dibujan en obscura noche por la superficie del Océano electrizado. Correspondíanse las ideas que sobre la inmortalidad habían cruzado el espíritu con las estrellas que por excepción cruzaban el espacio. Crecía tanto su número conforme iba entrando la noche, que, ya en mi casa, me salí al balcón de mi biblioteca y me puse á contemplar deslumbrado el horizonte aquel henchido de astros. «Una función de fuegos artificiales dada por los ángeles,» me dijo cierto amigo muy chusco, que me aguardaba en el escritorio, burlándose de la hipnotización producida en mí por los cirios del catafalco parecidos á espíritus y por los chisporroteos del empíreo parecidos á soles. Lluvia extraordinaria de estrellas, dije yo; consultemos el Diccionario de Astronomía para que nos explique tal fenómeno. Descolgamos de las alacenas el poco leído libro y pedimos á sus páginas noticias respecto del asombroso hecho. Imaginaos cuál sería la maravilla de mi burlón amigo y la extrañeza mía, cuando, lanzados sobre la casilla de la lluvia de aerolitos, nos encontramos con esta línea: «Fenómeno astronómico extraordinario que los antiguos creían se verificaba en las noches siguientes á la muerte de los grandes personajes históricos.» El burlón se puso muy serio y no pude yo menos que recordarle como hay el enigma de lo inexplicado en todo lo explicable. Con efecto, un Diccionario publicado quince años antes del suceso, indicaba la realización de fenómenos astronómicos anunciada por los antiguos en casos análogos á este nuestro, en que de cuerpo presente se hallaban los dos mayores personajes de nuestra España, el primer monarca de la Restauración y el último presidente de la República. Me dió aquello carne de gallina. Y me dije: ¡cuán bien hacían los trágicos antiguos extrayendo sus tragedias de la Historia! Ningún hecho inventado interesa como el hecho sucedido. La historia en aquel momento componía con los dos personajes tendidos sobre sus sendos túmulos algo así como el *Edipo* de Sófocles. En estos días, de la historia vamos á sacar un poema vivo, el poema relacionado con el centenario de la invención del Nuevo Mundo. ¡Cuántas grandezas y cuántas miserias en aquel hecho! Así es la humanidad; los pies en el barro, en lo infinito la frente. Hablaremos del centenario en la cercana revista.

San Sebastián, 4 de agosto de 1892.

JOSÉ GALLEGOS

NOTABLE PINTOR ESPAÑOL, RESIDENTE EN ROMA

Entre los artistas españoles que han sabido sustraerse á las influencias de esa escuela, exótica en nuestra tierra, que busca, bien en un realismo á veces repugnante y casi siempre antiestético, bien en las líneas indeterminadas y en los tonos borrosos, nuevos horizontes para el arte pictórico; entre los que aún se impresionan ante un espectáculo de la naturaleza ó una escena de costumbres de esos que hablan más al alma que á los ojos, cuando el alma es de un artista de verdad; entre los que rindiendo culto á nuestras tradiciones saben hallar en su paleta esa riqueza de colores que siempre fué timbre de gloria para la hispana escuela y en las costumbres de los nuestros y de no muy lejanos días esos asuntos que siempre interesan y cautivan; entre tales artistas, decimos, figura en lugar muy principal D. José Gallegos, algunos de cuyos cuadros conocen ya nuestros lectores por haberlos reproducido LA ILUSTRACION ARTÍSTICA.

José Gallegos es digno de ser calificado de uno de los talentos más brillantes entre los pintores españoles modernos: es un *virtuoso* irreprochable en su dibujo, en su característica y en la magnificencia de sus colores; no hay detalle por insignificante que sea que no aparezca tratado por él con perfecta seguridad; no se descubre en sus cuadros el más pequeño rincón que no ostente una belleza. En la reproducción de las magnificencias del culto católico da pruebas de una maestría fascinadora: los ricos bordados de las casullas, la ornamentación de los objetos del ceremonial religioso, las tintas obscuras de la decoración, todo lo ejecuta primorosamente, todo lo presenta lleno de atractivos. Así como muchos pintores alemanes de trajes – gremio que por fortuna se va extinguiendo – se veían agobiados por el material inanimado de suerte que sus cuadros producían un efecto confuso y molesto á la vista, Gallegos sabe conservar la armonía y dar á cada parte su valor propio, subordinándola como elemento parcial al conjunto compuesto de todas ellas. La práctica de muchos años durante la mayor parte de los cuales ocupóse el pintor en trabajos de un mismo género ha contribuído indudablemente á que adquiriera el dominio de la técnica que le caracteriza y que constituye el fundamento de la fama de que justamente gozan los trabajos de Gallegos.

Gallegos vive en Roma, como tantos otros notables pintores españoles, y tiene su taller en la original casa de artistas de la Vía Margutta, 33, en el pequeño edificio construído en el patio de la misma que tan notable contraste forma con la prosaica fachada de la elevada ala lateral. La disposición de su taller demuestra el gusto y la buena posición del artista; los preciosos objetos y ropajes que vemos en sus cuadros sirven de adorno á aquella hermosa estancia. Gallegos no habita, sin embargo, en la Vía Margutta: cuando después de un asiduo trabajo siente fatigados su cuerpo y su espíritu, un elegante cupé le conduce á la encantadora colonia artística de Porta del Popolo, donde tienen también su residencia los dos Villegas y Viniegra.

Gallegos cuenta ahora 33 años; de modo que en la edad en que muchos artistas apenas empiezan á ser algo, él se ha ganado en honrosa lid el título de maestro. Nació en Jerez de la Frontera el día 3 de mayo de 1859. Su padre, rico propietario, oponíase á la vocación del niño, que ya en sus más tiernos años se sentía atraído por el arte, y quiso hacer un arquitecto del que sólo ambicionaba ser pintor; pero los resultados de su sistema le demostraron que sus deseos no eran acertados y al fin consintió en que su hijo siguiera las propias inclinaciones. A los 16 años entró Gallegos en la Academia de San Fernando de Madrid, obteniendo en todas las clases las más altas recompensas. Su principal profesor fué Madrazo, el célebre retratista, que hizo estudiar á su discípulo concienzudamente las obras de Murillo y de Velázquez. En 1880 trasladóse Gallegos á Roma, en donde debutó con un cuadro de grandes dimensiones titulado *Botín de guerra;* pero esta tentativa de pintar un lienzo colosal fué la primera y la última, pues desde entonces todas sus obras son cuadros de caballete. En este género cuenta el número de sus triunfos por el de sus producciones, que no son pocas, pues á su gran talento une Gallegos una infatigable laboriosidad.

LA ILUSTRACION ARTÍSTICA se complace hoy en rendir un tributo de admiración á tan justamente celebrado artista reproduciendo su retrato y algunos de sus más renombrados lienzos. – A.

EL BOTÓN DE ORO

No era posible que la condesa se acostumbrase á aquella vida: mujer de hábitos aristocráticos, de gustos delicados, de nervioso temperamento que se excitaba á la menor contrariedad, no se avenía á aquella existencia tranquila, monótona, con las mil privaciones que la vida de aldea impone, y mayormente á las personas acostumbradas al *confort*, imposible de hallar en el campo por muchas precauciones que se tomen y muchos medios de que se disponga.

Sólo la salud de su hijo, único afecto poderoso para ella, podía obligar á la condesa á permanecer en el poblacho, sufriendo continuas crispaciones de nervios al tener que tratar constantemente á aquellas buenas gentes, si atentas, humildes y obsequiosas – tal vez en demasía, – zafias y torpes en sus maneras.

Pero el doctor había dicho que Adolfo necesitaba *vida campestre*, aires puros, ejercicio constante, alimentos no adulterados, y era preciso obedecer; tanto más, cuanto que aquellos sesenta días que le parecían un inacabable tormento, una eternidad, habían devuelto al quebrantado organismo de su hijo fuerza y vigor: el joven estaba ágil, tenía buen apetito y sus mejillas habían trocado el color mate, que revela los estragos de la vida ociosa, por el grato sonrosado, demostración de excelente salud.

En cuanto á Adolfo, en contraposición con su madre, si alguna vez recordaba con cierto afán las veladas del casino, los bastidores de los teatros, las emociones de la agitada vida madrileña, esta nostalgia no era duradera: las expediciones á los pueblos inmediatos, las cacerías, las excursiones por el río á echar *la barredera* á las truchas, tenían para él los encantos de lo no gustado. Además de esto, las buenas mozas de los alrededores no recibían mal los obsequios del señorito, que en la sencillez de unas y la natural picardía de otras y en la frescura de todas podía saborear la impresión de atractivos nuevos y para él extraños, los que nunca encontrar pudiera en los amoríos de la vida cortesana.

Claro es que el joven tomaba todo aquello como pasatiempo, sin interesarse en manera alguna por aquellas conquistas que le parecía tener al alcance de la mano: charla, pura charla y algún que otro *incidentillo* que duraba cuarenta y ocho horas y pasaba sin apenas dejar huella en la memoria.

Solamente alguna vez recordaba una conversación con Rosa, la criada rubia de la casa, destinada al servicio de su habitación. Hacía ya muchos días que Adolfo había conversado brevemente con ella: era fiesta en el pueblo y la muchacha se echara encima el fondo del arca: ceñía su redonda cadera el *mantelo* guarnecido de ancho terciopelo negro y franja de abalorios; sobre el rojo dengue, igualmente adornado, caían las trenzas de oro, y limpia y planchada hoja de encaje cubría su cabeza: con aquellos arreglos estaba Rosa linda y atractiva.

El joven entró en conversación con ella, comenzando por esos lugares comunes alusivos al novio, cuya existencia negó la rapaza.

– Vaya, replicóle él; que alguno rondará la puerta de la casa.

– ¡Ay, señor!, dijo ella; no sé para qué. ¿Quién ha de pensar en mí habiéndolas tan guapas en el pueblo?

– Sí que las hay; pero ninguna como tú.

– Gana de broma que tiene el señorito.

– ¿Broma? No por cierto. Contento estaría yo si chica tan guapa como tú me quisiera.

– Y ¿por qué no le había de querer?, exclamó Rosa.

– ¿Me querrías tú?, interrogó él acercándose.

A pregunta tan directa, sintió la joven calor en las mejillas y turbación en el ánimo: vaciló un poco antes de contestar, y por último dijo con inseguro acento:

– Y á mí ¿me había de querer? Una criada...

Aprovechó el mancebo esta indecisión para aumentar un tanto su atrevimiento; dijo cuanto en estas ocasiones dice cualquier hombre, y la conversación terminó con la súplica de una cita y la concesión del favor pedido. Y cuando aquí llegaba el asunto, apareció en el umbral la condesa, que no ocultó su sorpresa y su disgusto por ver á su hijo en tales intimidades con una criada.

Retiróse ésta confusa y avergonzada, y Adolfo oyó por milésima vez la maternal filípica en la que la respetable señora agotó su elocuencia para demostrar á su hijo cuán impropio y degradante era para un joven de su clase y condición tal proceder, concluyendo con el consabido:

– ¡Cuándo saldremos de entre tales gentes!

Desde aquel día, Adolfo y Rosa habíanse encontrado muchas veces, pero brevísimos momentos: alguna palabra suelta, tal cual pellizco dado al paso, fué todo cuanto el joven hizo durante muchos días, recordando algunas veces las vacilaciones de ella en la conversación primera, pero sin decidirse nunca á adelantar en el camino.

La rapaza, por su parte, aprovechaba cuantas ocasiones se le ofrecían para presentarse á él: mirábale de soslayo, con la cabeza baja, y salía á verle á la ventana cuando marchaba á alguna de las expediciones con que frecuentemente sacudía el aburrimiento de aquella vida harto tranquila para un joven cortesano. Nadie advertía estos pormenores: en alguna ocasión no dejaba la condesa de notar cierto interés en la muchacha; pero conociendo la sumisión con que su hijo la obedecía y no observando en él nada de particular, estaba tranquila.

Sin embargo, llegó un momento en que las cosas cambiaron de aspecto: vinieron unos días de temporal que hicieron imposible salir de casa y, por consecuencia de esto, fueron más frecuentes las ocasiones de encontrarse ambos jóvenes y más las que tuvo ella para demostrar al señorito sus simpatías, y la condesa se puso en cuidado, constituyéndose en vigilante de su hijo para evitar *un conflicto;* que al fin y al cabo, aun cuando consideraba despreciables á aquellas gentes – ó quizá por lo mismo – no quería que su vástago tuviera con ellas deslices ni confianzas de ninguna clase.

Y para evitarse las molestias de aquel espionaje, que le parecía humillante y que la rebajaba hasta el nivel de aquella humilde y rústica muchacha, escribió al doctor para que levantase á ella y al joven *su destierro*, como ella decía, á lo que accedió el galeno.

La noticia del regreso á la corte no dejó de satisfacer á Adolfo, ya deseoso de cambiar de vida; pero en cambio, no agradó á los amos de la casa, que con la residencia de tales huéspedes *hacían su agosto*, y



Estudio, de D. José Gallegos

sumió en desconsuelo á la pobre Rosa, cuya afición al joven había echado profundas raíces en su corazón; pero no había remedio, y la muchacha se consolaba á su manera, aunque siempre resultaba inconsolable.

Acercábase el día de la marcha, y la condesa lo esperaba con impaciencia, con tanta impaciencia como inquietud sentía Rosa, que pasó la noche víspera de la partida en un puro llanto. Llegó la mañana y no mucho después de amanecer llegó también el coche que había de llevarse las últimas esperanzas de la muchacha. Buscó ésta ocasión de ver á solas al mancebo y no pudo conseguirlo, aun cuando sin que nadie la llamara atrevióse á entrar en su habitación... ¡y no había nadie! Sobre la mesa veíanse diferentes objetos de la propiedad del joven: Rosa contemplólos un momento, sintió vehemente deseo de conservar uno, como recuerdo de aquella amarga dicha de amar sin objeto, y echando mano á uno de ellos, el más pequeño, guardólo irreflexivamente en su bolsillo.

– ¡Al coche, al coche!, gritó el mayoral.

Descendieron los criados con los bultos, dióse la condesa la última mano en sus preparativos, y viendo que su hijo tardaba, fuése á su habitación á buscarle.

– ¿Qué haces?, preguntó con impaciencia.

– Busco un botón que me falta.

– ¿De cuáles?

– De los que tú me regalaste el día de mi santo. Sobre la mesa estaban hace poco y no encuentro uno.

– Y ¿has salido de la habitación?

– Sí; un momento.

– Entonces, exclamó la condesa sin vacilar, alguien ha entrado aquí y lo robó...

– ¡Mamá!

– ¡Nada, nada, lo han robado!... Y dirigiéndose á la puerta llamó: ¡Juan!

Compareció el dueño de la casa, al que la aristocrática dama enteró de lo que sucedía: asombróse de ello el buen viejo y tomó el cielo con las manos: nunca en su casa, y hacía cuarenta años que daba hospedaje á personas principales, había ocurrido tal; pero en fin, llamaría á los criados, preguntaría...

La señora aprovechaba la ocasión para decir cuanto acerca de la vida en el pueblo se le ocurriera en su aburrimiento, y mientras ella decía y repetía: «Esto no puede quedar así,» todas las gentes de la casa fueron examinadas y todos negaron haber puesto pies en la habitación del señorito. Rosa faltaba, y Rosa llegó también, sin sospechar qué ocurría, aunque un tanto alarmada por el ruido: tenía la pobrecilla los ojos llorosos, circunstancia en la que sólo Adolfo paró atención en tales momentos.

Al oir la pregunta del Sr. Juan: si había estado en el cuarto, si había cogido algo de sobre la mesa, á la muchacha se la anudó la voz en la garganta, perdió el color, sintió que á los escaldados ojos acudían más lágrimas y rompió en continuados sollozos. Esta fué la confesión de su delito.

– ¡Ah, bribona!, exclamó el señor Juan sacudiéndola por un brazo.

– ¡Ya me lo parecía á mí!, dijo con agresivo acento la condesa.

Adolfo, al ver la aflicción de la pobre joven, sintióse conmovido é intercedió por ella.

– Bueno, dijo la madre; que entregue lo que ha robado, y por mí...

Y Rosa, sin cesar en su amargo llanto, sacó del bolsillo el maldito botón.

Poco después arrancaba el coche entre las voces, gritos é interjecciones del mayoral, los estallidos del látigo y el cascabeleo de los collares del ganado; aún el carruaje no se perdiera en la no lejana revuelta del camino, cuando el Sr. Juan, llevando á empellones hasta la puerta á Rosa y arrojando á la carretera un lío de ropa, daba un último empellón á la muchacha, que oía sonar, como una maldición tremenda, el airado y sentencioso acento del viejo repitiendo:

– ¡Fuera, ladrona!

AURELIANO J. PEREIRA

EL ARMAMENTO MODERNO

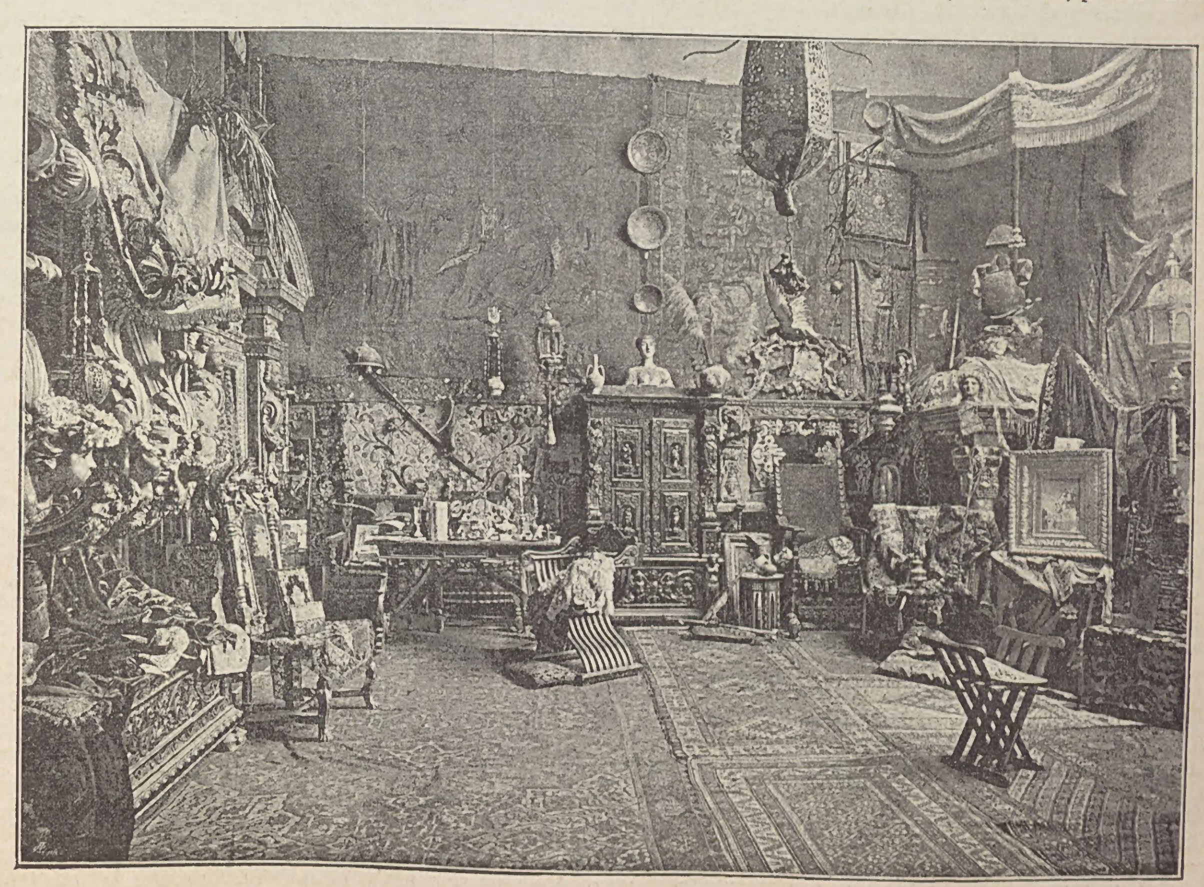
Aunque sea una vulgaridad, por lo sabido, hay que hacer notar que la perfección de las armas tiende á humanizar las guerras ó por lo menos á quitar les algo de su antigua ferocidad. Por esta causa, los inventores de los fusiles que sucesivamente van apareciendo en la escena militar no deben ser mirados con horror ni hay que santiguarse al pronunciar su nombre, como cuando se tropieza con el del diablo en los cuentos de viejas, sino que debe mirárseles con respeto, como ilustres obreros que en su esfera trabajan para satisfacer la constante aspiración del progreso, hacia el que penosamente marcha, y á veces por bien extraños caminos, la humanidad.

La historia demuestra tan beneficiosa acción de las sucesivas mejoras del armamento. Es verdad que las demostraciones basadas en la historia tienen demasiada elasticidad, y que cada cual las suele aprovechar á su modo; pero cuando se recuerdan aquellas hecatombes acaecidas en la época en que César andaba á la greña con los partidarios de Pompeyo, ó también la famosa batalla de Covadonga, en la que murieron más moros que hay en el Moghreb, puede uno darse con un canto en los pechos por haber nacido en la época de los Winchester, Lebel y Männlicher, pues gracias á ellos ó á haberse desarrollado en más alto grado la virtud de la prudencia, el caso es que modernamente no tienen lugar tan sangrientos combates.

Fúndase este hecho, al parecer anómalo, en una causa muy lógica. Cuando las armas portátiles eran arrojadizas, el único motor del que pudiéramos llamar proyectil lo constituía el brazo del soldado, y por vigorosos que fueran, forzosamente habían de ser pequeños los alcances y también las distancias de combate. De estar á tiro de ballesta, por ejemplo, á llegarse á las manos, no había más que un paso, que podía recorrerlo el vencedor en breves momentos; la lucha pasaba entonces á la categoría de degüello, en el que á la víctima, no pudiendo pensar en el *sálvese quien pueda*, había de ocurrírsele por lo menos lo de *morir matando*, que son reflexiones de muy distintos resultados prácticos.

Con el empleo de las armas de fuego, las distancias de combate se fueron alargando; y el progreso, que todo lo invade, ha hecho recorrer con trabajo la escala de 200, 400 y 600 metros con el esfuerzo de varios siglos, hasta tropezar con el presente, esencialmente industrial, en que cualquier Julio Verne se siente con alientos para lanzar proyectiles á la luna, cuanto más á humildes distancias terrestres. De todo ello ha nacido en el arte militar el principio llamado del «tiro á grandes distancias,» frase de valor puramente relativo, con la que se quiere indicar la conveniencia de disparar contra el enemigo tan pronto como se sospeche que se le puede hacer alguna baja. En el reglamento táctico actualmente vigente en nuestro ejército se da este nombre al fuego que se ejecuta, en la defensiva, sobre un enemigo que está entre 600 y 1.200 metros, aunque evidentemente se quedó muy corto el reglamento.

No se crea, por lo que se ha dicho anteriormente, que con el armamento moderno los combates son entretenidos asaltos de salón ó representaciones de las comedias preparadas entre bastidores por la diplomacia. Cervantes, en el tan justamente ponderado discurso sobre las armas y las letras, parece dar á



Taller de D. José Gallegos

entender que desde que los ejércitos disponen de «la espantable furia de los endemoniados instrumentos de la artillería» el valor personal quede relegado á segundo término, puesto que concibe «que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero» al alcanzarle «una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina.» Es verdad que esta hipótesis puede ser cierta; pero no lo es menos que en los combates modernos, como en los antiguos, sólo el desprecio de la vida y el culto á la patria, elevado á un grado apenas concebible en las dulzuras de la paz, pueden explicar la violencia en el ataque y la obstinación en la defensa en que, como dice el mismo escritor citado, acuden los soldados al sacrificio, en reemplazo de los que ya no existen, «sin dar tiempo al tiempo de sus muertes.» En el período preparatorio de las batallas, cuando juega la artillería, y la infantería en orden disperso está algo resguardada por los obstáculos del terreno ó los que el arte le ha procurado, por mucha que sea la precisión del armamento, la distancia grande á que se encuentran los combatientes dificulta el aprovechamiento de los proyectiles. Pero hay que tener en cuenta que esta es únicamente una fase del combate; que así no se decide ninguna victoria, y que para hacer ésta efectiva hay que tomar grandes masas de infantería contra las posiciones enemigas para decidir su retirada con todos sus inconvenientes y peligros. El atacante atraviesa para ello todo el campo de batalla recibiendo al descubierto el fuego del que se defiende; el resultado no se obtiene á la primera vez; el ejército batido se rehace para recobrar sus posiciones, y en estos momentos es cuando la lucha reviste los más horribles caracteres. Para citar sólo un dato bastará decir que, según el coronel Estorff, en la guerra de 1870-71, la guardia prusiana, al atacar la posición francesa de Saint-Privat, perdió 8.000 hombres en el breve espacio de veinte minutos.

Mas digamos algo de los últimos adelantos realizados en el armamento de la infantería, ya que es esta una cuestión de actualidad en nuestro país á causa de que si un detalle no lo impide – el pequeño detalle de siempre, el dinero, – va nuestro ejército á poseer un fusil de última moda, como lo tienen las demás potencias grandes y chicas de Europa.

Varias son las cuestiones debatidas y las ventajas que se buscan con las modificaciones últimamente realizadas en las armas de fuego. La primera es el alcance, cuya importancia no hay que mentar. Hemos hablado de fuegos á 1.200 metros; otros autores aconsejaban aprovechar nuestro armamento hasta 1.800 metros y más. Ahora todo esto son bagatelas; hacer fuego á un enemigo que se ve es una candidez. Lo práctico está en hacer fuego contra tropas poco menos que imaginarias, y esto se consigue procurando que los proyectiles alcancen más que la vista; y en efecto, parece que en algunos ensayos han ocurrido accidentes desgraciados por haber algún proyectil herido á personas distantes tres ó más kilómetros del blanco establecido para efectuar el tiro. Es decir, que estamos abocados á que, paralelamente á cada fusil, tenga que colocarse un anteojo para efectuar la puntería; así como en las baterías de costa en que se instale el cañón Canet, de 21 kilómetros de alcance máximo, habrá que poner, no un anteojo, un telescopio por el estilo del de Lick, so pena de tomar, á esta distancia, por *moro de guerra* á un desgraciado barco mercante, ó de largarle una granada al primer nublado que tenga el valor de asomarse por encima del horizonte.

La rapidez del tiro ha sido otro de los temas que han merecido los honores de la más amplia discusión. Cuantos más disparos mayores probabilidades de derrotar al enemigo, predican unos; y contestan los otros que el tirador, ante esa facilidad del tiro, llega á creer que su única misión es hacer mucho fuego, cuando de lo que se trata es de hacerlo bien. Dicen más aún; pues consideran que el derroche de municiones que se hace con el armamento moderno complica el aprovisionamiento, y puede darse con relativa facilidad el caso de que se agoten los cartuchos cuando más falta hagan, amén de lo recargado que ha de ir el soldado con tantas municiones. Pero estas discusiones, como otras muchas, son puramente platónicas; los gobiernos, disparados por la vía del progreso en este punto, quieren armas que permitan gran rapidez en el tiro, y únicamente las naciones que no pueden adquirirlas han llegado á creer que las antiguas son mejores; como aquellos aficionados á la música, escasos de dinero, que han conseguido hacer creer al público que la ópera se oye mejor desde el paraíso, entre apretones y sudores, que acomodado en un buen asiento. ¡Como si tan frecuentemente fuera lo mejor lo más barato!

He aquí, por lo tanto, el origen de los fusiles de repetición, que son los que hoy privan. En ellos se colocan de una vez unos cinco cartuchos, y el tirador puede dispararlos en un período brevísimo de tiempo, sin perjuicio de que, si le conviene, puede hacer uso de su arma en la forma ordinaria. Algunos van más lejos, y quieren que una vez cargada el arma y hecho el primer disparo, siga haciendo fuego por sí sola hasta agotar el depósito de municiones, aprovechando para ello el esfuerzo de retroceso del fusil. A este paso, ya poco faltará para que en vez de mandar un ejército á la frontera se envíe un cargamento de fusiles automáticos, lo que conduciría á la solución deseada de acabar las guerras por el perfeccionamiento de las armas. En orden á progresos, el mañana siempre parece un absurdo, y á este propósito puede recordarse que hace ya muchos años un americano presentó al gobierno inglés un fusil de repetición que fué rechazado por los siguientes *defectos*: 1.° Era demasiado rápido. 2.° *Necesitaba* cartuchos metálicos. Y 3.° Estos tenían el inconveniente de llevar en sí mismos el fulminato. Es decir, que lo que ayer era absurdo es hoy lo corriente, lo imprescindible.

La última de las modificaciones trascendentales introducidas en las armas de fuego portátiles es la reducción del calibre, ó sea el diámetro del cañón de los fusiles. Hasta hace poco se había creído y se demostraba con consideraciones mecánicas que el calibre de 11 milímetros era el más conveniente, y por lo tanto este era el tipo adoptado en todas partes y es el de nuestros diversos modelos del Remington. Pero aquellas demostraciones han pasado á la historia: la introducción de la pólvora llamada sin humo permite y el gran consumo de municiones exige que éstas sean poco pesadas, único medio de que el soldado no quede aplastado bajo los pesos con que todos los días se le va cargando. Pues el procedimiento más expedito para realizar la deseada reducción en el peso del arma y de los proyectiles ha sido disminuir el calibre del fusil, que de los 11 milímetros ha descendido á 8 ó menos, según los diversos tipos. En los primeros el proyectil pesaba de 25 á 30 gramos y la carga de pólvora 5 gramos. La velocidad inicial resultaba poco diferente de 450 metros por segundo. Pues en el fusil Lebel, que posee el ejército francés, el proyectil no pesa más que 15 gramos, la carga de pólvora 2,80 gramos y en cambio la velocidad inicial se asegura que llega á 632 metros.

Con la reducción del calibre los proyectiles han tenido que alargarse, y como en esta forma, siendo de plomo, hubieran estado en malas condiciones para los efectos de penetración, se han construído total ó parcialmente de acero.

En resumen, el armamento moderno de la infantería está caracterizado por las siguientes condiciones: tiro rápido, calibre pequeño, fusil y municiones relativamente ligeros, empleo de la pólvora sin humo. En lo que se refiere á sus efectos se distingue por la gran velocidad inicial del proyectil; el camino que éste recorre es casi recto, con lo que resultan grandes espacios batidos para una posición del arma determinada; la penetración tan grande que á 100 metros penetra 65 centímetros en la madera de pino; á 500 metros, 26 centímetros; á 1.000, 13 centímetros; á 2.000, 5 centímetros; á 3.000 aún tiene fuerza suficiente para atravesar á un hombre, cuando la bala hace más de 15 segundos que ha salido del arma.

Los efectos de la penetración en el organismo humano parece que no son tan malos como con el fusil de 11 milímetros. Existe el ejemplo de un individuo herido casualmente, curado después y fallecido más tarde de una enfermedad común, en el que se ha podido comprobar que la curación de la herida fué perfecta.

El fusil adoptado recientemente por el gobierno español es el Mauser, cuyo calibre no llega á 8 milímetros. Sus condiciones balísticas serán, aproximadamente, las indicadas. ¿Qué novedades presentará el que haya de sustituirlo dentro de algunos años?

MARIANO RUBIÓ Y BELLVÉ

LAS AVISPAS

I

El buen Sr. Vicente estaba loco con su hija: la sentaba sobre sus rodillas como si fuera una niña de cuatro años y no se cansaba de mirarla. Su mujer, la señora Josefa, cuando estaban solos le decía:

– Mira, hombre, das demasiado mimo á la muchacha gracias á que ella es buena de por sí...

– Pues entonces tú misma te dices y te contradices, replicaba él. ¿Has visto tú una chica más lista y trabajadora? Podía hacer la señorita, pues para eso he ganado yo el dinero para ella, y sin embargo desde que amanece Dios no cesa un instante. Desde el arrozal á las moreras, desde las moreras al naranjal. ¡Cuánto se mueven aquellas manos y aquellos piececitos!

– Lo que debemos pensar es en casarla. Ya tiene cerca de diez y ocho años y no falta quien anda haciéndola la rueda. Cuando va á misa los mozos se la comen con los ojos.

– Ya lo creo; ¡sí, que habrán visto muchas como ella! Pero que se limpien,... que lo que es por aquí no hay quien se la coma.

– ¿Por qué?

– Porque todos son unos pelagatos.

– Pero hombre, Basilio, el hijo del Sr. Torrente, la hace cucamonas, y su padre es el labrador más fuerte del país.

– Tan fuerte como el hijo bruto. En quitándole de aechar trigo, no sabe ni hablar.

– ¿Y el hijo de Doña Anastasia, la viuda, que ha traído de América mas pesos que menea un temblor de tierra? No dirás que ese no es listo.

– ¿Para qué, para repicar las castañuelas de granadillo? Además, es más feo que Picio. ¿Quieres tú que aquella bocaza con aquellos dientes que parecen de corcho quemado se pose en la boquita de claveles de nuestra hija?

– ¡Vaya! Va á ser preciso para casarla que venga un jerife, que sea conde de Cervellón por añadidura.

– Eso déjalo de mi cuenta, mujer. Ya tengo yo echado el ojo á un guapo muchacho, y que no está desnudo por cierto. Si se arreglan las cosas, ¡ya verás tú qué pareja para la chiquilla y qué indiano de verdad nos metemos en casa!

II

El indiano á quien el Sr. Vicente *el rico*, como le llamaban en Carcagente, había echado el ojo, era hijo de un compadre suyo, recién llegado á Valencia, procedente de la América del Sur. D. Jaime Ortí, natural de Carcagente, se fué muy joven al Paraguay á probar fortuna, y dióse tan buena maña en el comercio de pieles, que al regresar después de veinticinco años á su país natal nadie hubiera reconocido en él á Jaimito *el Pelagatos*, según le apodaban cuando mozo.

Por lo que de él se decía volvía podrido de dinero, viudo y con un hijo que era guapo, fachendoso, decidor y con ribetes de abogado, puesto que había empezado á cursar la carrera de leyes, que trocó por la de la holganza no bien se enteró de que su padre era millonario.

El Sr. Vicente y el tal Jaimito (ahora D. Jaime Ortí) de mozos habían sido amigotes y cazadores furtivos en la Albufera de Valencia, así es que cuando volvieron á verse después de luengos años reanudaron su compadrazgo, con tanto más gusto, por cuanto que eran ricos y no se necesitaban mutuamente.

D. Jaime, á su vuelta de América, se estableció en Valencia para dar gusto á su hijo, el crisálida de abogado que sólo podía habitar en ciudades; pero no bien llegó hizo una excursión á Carcagente para ostentar los tres botones de brillantes de su pechera y la cadena de su reloj cuajada de pedrería, dando así en los hocicos á sus contemporáneos supervivientes que *in illo tempore* le llamaban *Pelagatos*.

Cuando el Sr. Vicente le llevó á su casa, llena de cuanto Dios crió y rica y reluciente desde el estrado á la espetera, y después le enseñó sus moreras, sus arrozales y dos leguas de terreno plantado de naranjales y limoneros, y por último le presentó á su hija Anita, que volvía de ver á una amiga suya, el buen indiano no pudo menos de exclamar:

– ¡Mala landre (era su expresión favorita), Vicente, y qué bien has aprovechado el tiempo! ¡Vaya una muchacha! ¡Si da el opio! No, si yo tuviese veinticinco años menos, ese cogollito no era para nadie más que para *mangue*, como dicen en una comedia que vi anoche en el teatro de la Princesa.

Al Sr. Vicente se le caía la baba, á consecuencia del buen efecto causado por su hija en su compadre.

Y cuando éste se despidió de aquél para volver á Valencia, le dijo:

– Mira, Vicente, he pensado que si ambos á dos se gustan mutuamente, debemos casar á nuestros hijos. Será un matrimonio pintiparado, y yo por lo menos tendré el gusto de oler de cerca lo que ya no tengo dientes para mascar.

III

Cecilio, el conato de abogado, y Anita, la gloria de Carcagente (como la llamaba su padre), se hallaron recíprocamente agradables, quizá por la ley de los contrastes; pues todo lo que él tenía de fatuo y pretencioso, era ella natural y sencilla. Aunque en extremo delgado y de piernas demasiado largas, no era feo ni desagradable el heredero de D. Jaime Ortí, y además deslumbraba con su charla petulante, salpicada de terminachos forenses y locuciones ultramarinas: él puso en moda en Carcagente la palabra *chinito*. Tocaba algo el violín y vestía una innumerable variedad de ternos claros, acompañados de calzados de charol, sortijas, cadenas, leontinas y otras zarandajas.

Anita, el Sr. Vicente, la señora Josefa, en fin, todos, hasta los perros y los gatos estaban deslumbrados.

Que Cecilio encontró apetitosa á la muchacha, no hay para qué decirlo. Anita era un terroncito de azúcar de color de arroz, con un cutis que me río yo del raso más fino, y unos ojos valencianos que parecían las estrellas Sirio y Venus, y un talle cimbreante como las palmas de Elche, y una boquita que atraía el beso como el tomillo á las abejas.

Así fué que todo caminó á paso de carga y sólo faltaba que se señalase día para la boda. Reinaba en casa del Sr. Vicente inusitada animación, y todo hacía presentir el *gran día*, con su correspondiente noche.

Sólo el pobre Ramón, el guarda de las moreras, andaba muy mustio, cabizbajo y amarillo como un alma en pena. ¡Pobre Ramón, que se pasaba todo el día contemplando desde la colina en donde estaba su cabaña de vigilante la ventana á la que Anita se sentaba á hacer labor! El había consagrado á su joven ama las tres potencias de su alma, y se desvivía por traerla del campo esa variedad de insectos de caparazón brillante y cuernecillos de oro, ó bien los primeros nidos de pitirrojos y los primeros nardos y violetas. Pero era un pobre, un rústico, un criado y nada podía decirla.

Y ahora todo iba á terminar. Ya no volvería ella á mirarle con aquellos ojazos de cielo, ni á ponerle en el ojal de la chaqueta el clavel que antes había tenido en los labios.

¡Pobre Ramón!

IV

Una mañana salió Anita temprano de su casa y tomó el sendero que conduce directamente á la masía de los Manzanos. Iba á ver á su amiguita Rosario que la había prometido una primicia de manzanas. Llevaba la muchacha una cesta de mimbres de colores, tejida primorosamente en la Torre de Cuarte de Valencia, y tal vez iba pensando en Ramón, que al pasar bajo las moreras habíala mirado con ojos de carnero moribundo.

Rosario estaba sola: su madre había ido al pueblo á ver á una comadre enferma, y sus hermanos al campo.

Las dos muchachas, que eran á cual más alegres, charlaron de lo lindo.

– ¿Conque te casas, Anita?

– Parece que sí.

– ¿Con ese valenciano tan peripuesto?

– No es valenciano, es de donde Cristo dió las tres voces. ¿Qué te parece mi novio?

– ¡Phs!, así, así; tiene aire de saltamontes... ¡Ah!, repuso Rosario, se me olvidaba lo mejor: vas á probar la gloria desleída.

Y sacó de una alacena una botella y dos copas.

– ¿Qué es eso?, preguntó Anita.

– Un vino que mi padrino nos ha mandado de Jerez. ¡Ya verás!

Llenó dos copas. Anita probó de la que Rosario le ofrecía, y luego la apuró de un sorbo.

– ¡Caramba! ¡Qué cosa más rica! A ver, dame otro poquito.

– No te decía yo...

Y á aquellas dos cabecitas valencianas se les fué el santo al cielo, y entre dicharachos y hasta bailoteos vaciaron la botella de Jerez y la mitad de otra que Rosario sacó de la alacena.

Ya se ve, Anita tenía diez y ocho años y Rosario quince. Ambas se pusieron algo *penecas*, y cuando la primera salió de la masía para volver á su casa, con su cesta al brazo llena de manzanas, hacíanla los ojos chiribitas, deslumbrados por el radiante sol de junio y alumbrados por la *chispa*.

Había bebido agua al salir, y sin embargo, á poco de seguir el sendero volvió á sentir sed, acompañada de tirantez en las corvas, que obligábala á acortar el paso. Había á la derecha del camino un grupo de árboles compuesto de unos cuantos olmos y dos ó tres castaños de Indias, á lo que llamaban en el país *la fuente de la Cajiga*, porque fenomenalmente había allí una, siendo arbusto que sólo florece en climas húmedos y no muy calurosos. Junto á la cajiga brotaba un manantial hecho fuente por medio de un poste de mampostería y un caño. Anita se entró en el bosquecillo, bebió agua, y viendo al pie de un olmo una gran piedra á guisa de asiento, sentóse allí, recostó la espalda en el tronco del árbol, colocó en la falda la cesta de manzanas y quedóse dormida.



MONAGUILLO, cuadro de D. José Gallegos

V

Iba bajando la nube, la nube de abejas atraídas por el goloso olor de las manzanas. Formaban un tropel confuso, cuyos grupos se compenetraban en revuelos y regates aéreos. Al principio anduvieron desorientadas, pero la proximidad á la fruta las guió, y casi de repente cayeron todas sobre las manzanas, y ciegas de gula se desparramaron también sobre la cara, cuello y brazos descubiertos de la pobre Anita que dormía el sueño de la inocencia... peneca.

Casi todas picaron al mismo tiempo, unas en la fruta y otras en la carne, que sin duda hubo de parecerles igualmente sabrosa. Anita se estremeció luchando con el dolor y la pesadez del sueño, escurrióse de su asiento y cayó á tierra. Se vació la cesta y la mayor parte de las manzanas fueron á caer junto á la cara de la muchacha... No paró en esto: apareció en el aire otra nube, una nube compacta, amarillenta, entre la que se destacaban algunos puntos negros, que zumbaba furiosamente como queriendo decir: «¿Qué es esto, atrevidas abejas? ¿Cómo osáis invadir nuestro terreno? ¡Vosotras, las chupadoras de plantas y flores, merodeáis también en las frutas que son de nuestra exclusiva propiedad! *¡O tempora, o mores!*»

Y zumbando así, las avispas y los moscardones cayeron como una avalancha sobre las abejas y manzanas, y lo que fué peor, sobre la pobre Anita, que se agitaba como en las convulsiones de una pesadilla.

No describiré esta batalla de las manzanas que tuvo por campo las antes frescas carnes de la muchacha, y sólo sí diré que atraídos por los gemidos de ésta acudieron algunos chicuelos que jugueteaban y luego el Sr. Vicente y la señora Josefa y Ramón el guarda, y todos se quedaron estupefactos de sorpresa y dolor al encontrar en tal estado á la que tanto amaban.

Porque el rostro de Anita parecía una careta monstruosa, una masa informe de llagas y pústulas.

La acumulación de aguijones venenosos había consumado su obra en poco tiempo. Y ¡gracias á que, por tenerlos cerrados, no se habían eclipsado para siempre los luceros de sus ojos!

La pobre niña, desmayada de dolor, fué trasladada á su casa. Vino el médico y declaró que estaba medio intoxicada, que se repondría, aunque lentamente, pero que las señales de las terribles picaduras no se borrarían jamás por completo.

No es posible expresar la pena del señor Vicente que era el primer enamorado de la ex hermosura de su hija.

La primera vez que después del incidente vió Cecilio, el elegante retoño de D. Jaime Ortí, á su prometida, quedóse asustado. Volvió á Valencia, declaró á su padre que jamás se casaría con semejante monstruosidad, y obtenido, aunque con trabajo, el permiso de éste, partió para Barcelona en busca de una catalanita que había conocido á bordo del buque que le había traído de América.

Dejemos á este personaje lucir sus ternos claros y sus largas piernas en la ciudad de las Ramblas y ocupémonos de la pobre Anita.

VI

Se restableció. Los aguijonazos recibidos en la cara, cuello, brazos y manos se cerraron y costrificaron. Luego desapareció también la costra, pero dejando manchas indelebles, rosetones amarillentos semejantes á los que se pintan en la epidermis los salvajes de Oceanía. Desvanecióse la suave tersura del cutis y el delicado arrebol que le coloreaba.

Aquello era una desolación: el Sr. Vicente y la señora Josefa estaban consternados. Anita no hacía más que mirarse al espejo y llorar. ¡Qué muchacha de diez y ocho años no estima más que todo su belleza! Estaba como avergonzada. No salía nunca de casa y se pasaba las horas muertas sentada á la ventana de su cuarto, que daba al campo, haciendo como que hacía labor, pero en realidad entregada á sus tristes pensamientos y mirando al cielo como si quisiera volar á él, puesto que en la tierra había terminado su reinado de hermosura.

Y entretanto, Ramón, el guarda de las moreras, la miraba á ella desde lo alto de la colina en donde estaba su cabaña. El guapo y fino mozo sentía una conmiseración profunda al contemplar á aquella reina destronada, y si cabe, habíase aumentado la generosa pasión que sentía por ella. Como eran los últimos días de junio y el campo hormigueaba en insectos y flores, Ramón cazaba los más bellos ejemplares de aquéllos y formaba con éstas ramilletes de combinaciones sorprendentes para ofrecérselos á su amada.

Recibíalos ella con la triste sonrisa con que agradecen los enfermos desahuciados los cuidados que se les prodigan, y le daba las gracias mirándole con sus hermosos ojos, que se destacaban más brillantes entre el amarillo matiz que teñía su rostro. A veces, el guarda, que era aficionado á la lectura, se proporcionaba en el pueblo periódicos y semanarios ilustrados, y bajando de su colina, se situaba en la parte exterior de la ventana de Anita (que era muy baja) y entretenía á ésta con lecturas interesantes.

Un día dijo Anita, dirigiéndose á Ramón, pero como hablando consigo misma:

– ¡Qué diferencia entre ahora y antes cuando voy á misa! Antes por verme no me dejaban pasar, ahora parece que todo el mundo huye de mí!

– Aprensiones, Anita. ¿Quién puede huir de usted ni ahora ni nunca?

Estas palabras fueron dichas con tal vehemencia y con tal acento de pasión que conmovieron á aquélla.

LA FIRMA DEL CONTRATO DE BODA, cuadro de D. José Gallegos



EN EL CORO, cuadro de D. José Gallegos

Alargó la mano al guarda, diciendo:

– ¡Ah, Ramón, sólo usted no ha variado!

El por primera vez estrechó aquella mano entre la suya temblorosa.

VII

Una mañana el guarda buscó un muchacho que le sustituyera en la vigilancia de las moreras, se guardó un periódico en el bolsillo y tomó el tren de Valencia.

A la caída de la tarde estaba de regreso. Presentóse en casa del Sr. Vicente, á quien encontró con su mujer é hija esperando el momento de sentarse á la mesa para comer.

Llevaba en la mano un bote grande envuelto en un papel blanco.

– ¡Hola! ¿Qué te trae por aquí?, preguntó el señor Vicente.

– Va usted á saberlo, contestó Ramón, desenvolviendo el bote y desdoblando un plieguecillo de papel azul. Oigan ustedes.

Y leyó:

«*Restaurador del cutis.—Biroteau.*

»Una mañana Fhaleusta, la encantadora reina de Dheli, la *mujer láctea*, como la llamaban sus vasallos por la tersura nívea de su tez, después de una cacería de tigres sentóse á descansar en la ribera del Meirán, y con el fresco efluvio del agua quedóse dormida. Sus servidores, cansados también y distraídos, no notaron que una bandada de *hatjes* se cernía sobre ella, y los venenosos y pequeños animales pudieron cebarse en aquel hermosísimo cutis, transformándole en la monstruosa cariátide que yace vencida á los pies de la diosa Dhera.

»La reina iba á morir de dolor por haber perdido su belleza, pues nadie acertó á borrar las indelebles cicatrices dejadas en su tez por los ponzoñosos anfisbenas, hasta que se presentó un humilde paria, gran sabio y herborista, que devolvió á la epidermis de la soberana su pristina belleza.

»Merced á la munificencia regia el paria naturalista ha podido dejar su país, donde vivía tan vilipendiado, y piensa establecerse en Europa.

»A su paso por París, mediante una respetable cantidad, nos ha revelado el secreto de su maravillosa panacea, y por lo tanto, la casa Biroteau puede, después de numerosas pruebas, ofrecer á los desfigurados de la tez el *restaurador del cutis*. Esta pasta, única y sin rival, borra en corto espacio de tiempo las huellas y señales marcadas por las afecciones cutáneas, quemaduras, picaduras de insectos, ántrax, diviesos, pecas y viruelas, exceptuando la negra. Pudiéramos exhibir numerosos certificados de curación, pero dejamos al empirismo estos recursos, no siempre verdaderos. Hemos tenido que elevar el precio de la *pasta Biroteau* á consecuencia de los grandes dispendios que ocasiona su confección, puesto que entran en ella hierbas cogidas en las vertientes del Himalaya, etc., etc.»

– ¡Mandangas, sacadineros!, dijo el Sr. Vicente apenas el guarda concluyó de leer. ¿Y tú, muchacho, te has mamado esas franchutadas?

– ¿Quién sabe, Sr. Vicente?, replicó Ramón. No todos los anuncios son mentira. Nada se pierde con probar...

– Déme usted, interrumpió Anita. Yo probaré.

– Ahí está la explicación de lo que hay que hacer, dijo Ramón, entregando el bote á la muchacha.

VIII

Pues bien; contra todas las espezanzas y probabilidades, el *restaurador del cutis* fué una verdad. Aunque lentamente, supuesto que transcurrieron tres meses, y después de consumir dos botes más, las carnes de Anita fueron recobrando la fina tersura que constituía su principal atractivo. La sangre, que parecía huída, volvió á colorar y animar su expresivo rostro, que se embelleció con un tinte brillante de que antes carecía. El color mate de la tez hízose cristalino, dando luminosa expresión á la fisonomía.

Anita lloraba de gozo, sus padres no se hartaban de besarla. En cuanto á Ramón... ¡Oh! ¿Quién pudiera expresar lo que sentía Ramón? Era una amalgama de generosa alegría al ver la regeneración de su amada, unida al punzante dolor de haber perdido su postrera esperanza. Desfigurada y casi repugnante era posible que algún día cayera en sus brazos; pero hermosa otra vez y deseada, se la llevaría otro mequetrefe como el que ya habíala solicitado.

La Providencia se encargó de sacarle de penas.

Una mañana entró Anita en el cuarto de su padre con el ademán resuelto de niña mimada. Hízole sentarse en un sillón, y sentándose ella en sus rodillas, le dijo, echándole los brazos al cuello:

– Padrecito, quiero casarme con un joven bueno, guapo y que se muere por mí.

– ¡Vaya! ¿Y dónde has encontrado ese novio?

– Muy cerca de aquí: en la cabaña de las moreras.

– ¿Ramón el guarda?

– Pues ¿quién ha de ser? ¿Ha hecho nadie lo que él por mí? Me ha querido hermosa y fea y me ha devuelto la alegría devolviéndome la belleza...

El Sr. Vicente iba á hablar, pero su hija le tapó la boca con su suave manecita, diciendo:

– Te advierto, padrecito, que no admito contra dicciones. Deseo una cosa justa y lo lograré.

El Sr. Vicente se rascó detrás de la oreja derecha, señal en él de preocupación; reflexionó unos instantes, y después, apartando la mano de Anita, que aún le tapaba la boca, dijo lentamente:

– Pues si tú lo deseas, hágase tu voluntad, como se dice en el *Padre nuestro*.

Ramón y Anita se casaron.

Un día fueron á hacer compras á Valencia, acompañados del Sr. Vicente, y á éste se le ocurrió una idea. Llevarlos á casa de D. Jaime Ortí, á quien encontraron en compañía de su hijo. El joven de los ternos claros había regresado de Barcelona muy alicaído porque encontró á la catalanita que motivó su viaje en relaciones amorosas con un catalanazo tremendo, que propinó dos bofetadas fulminantes al ultramarino.

El Sr. Vicente participó á su antiguo compadre el efectuado enlace de su hija y Ramón, allí presentes. El cuarterón de abogado admiraba de reojo la espléndida hermosura de Anita, realzada por la felicidad.

El Sr. Vicente consiguió su idea de pasar á su hija *por los hocicos* de aquel desconsiderado novio que la había dejado plantada por fea.

Cuando D. Jaime y su hijo se quedaron solos, éste no pudo menos de exclamar en tono de despecho:

– ¡Qué muchacha más preciosa!

– ¡Ya lo creo!, dijo D. Jaime. Y además de preciosa, rica y buena. A pesar de tus pujos de abogado has perdido un buen pleito.

F. Moreno Godino

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – En el Instituto católico de San Luis de Moll (provincia de Amberes) y entre trastos viejos y arrinconados se ha encontrado un magnífico cuadro del maestro flamenco Jacobo Jordaens (1593-1678) que representa una escena de la Odisea, el regreso de la caza del jabalí. Si el Estado belga no lo adquiere, será subastado tan precioso hallazgo á beneficio de la Casa de Expósitos de la citada población.

– El Real Museo de Pinturas de Berlín ha comprado por 175.000 pesetas un cuadro de Carlos Crivelli, procedente de la colección de Dudley House, de Londres: es un lienzo de grandes dimensiones, pintado al temple sobre fondo de oro, que representa á la Virgen sentada en un trono y con el niño Jesús en brazos rodeada de obispos y monjes.

– En una sepultura de la catedral de Glogau se ha descubierto una estatua de piedra de 1'82 metros de largo de la duquesa Mechthilda de Glogau, obra del siglo XIII.

– En Magdeburgo se ha abierto al público la colección de grabados y retratos que en 1889 legó á la ciudad el superintendente Frantz: la colección de grabados comprende 2.600 números, formando unas 10.000 hojas de todas las escuelas, y en ella están representados casi todos los más famosos grabadores; la de retratos, ejecutados por todos los procedimientos artísticos, abunda especialmente en efigies de Lutero.

– Se ha inaugurado en Dresde la tercera Exposición internacional de acuarelas, pasteles, dibujos y aguas fuertes, siendo muchas y muy interesantes las obras que á ella han remitido los artistas de las principales ciudades de Alemania, especialmente de Dusseldorf, así como los de Italia, Holanda, Bélgica y Escocia.

– Se ha abierto al público en la Galería de Bellas Artes de Dusseldorf la colección de pinturas notables que son de propiedad de particulares, teniendo en ella rica representación los grandes maestros alemanes y sobre todo los de aquella ciudad, tales como los dos Achenbach, Lessing, Knaus, Vantier, Schirmer, Weber, etc. Esa exposición es altamente interesante porque permite pasar revista á las mejores producciones de la famosa escuela de Dusseldorf.

– El maestro Massenet ha terminado la música de un nuevo baile titulado *El talismán*.

– Hace pocos días la Asociación Ricardo Wagner ha celebrado en Baireuth su acostumbrada asamblea general, en la que han tomado parte 26 delegados. El número de individuos de la asociación ha aumentado durante el último año en 1.110, contando al presente un total de 6.529 asociados que se distribuyen en 53 asociaciones secundarias y en 135 representaciones locales. La asamblea acordó apoyar moralmente la adquisición por una corporación alemana del Museo de Wagner que existe en Viena. El burgomaestre Muncker encareció la necesidad de suspender por algún tiempo las representaciones que cada año se dan en Baireuth, fundándose en que como van desapareciendo poco á poco los antiguos artistas wagnerianos, es preciso allegar fuerzas nuevas que podrán obtenerse educando durante el tiempo de la suspensión nuevos artistas que, subvencionados con fondos de la Asociación, podrán estudiar en Baireuth y adquirir allí una educación musical exclusivamente wagneriana. En su consecuencia se acordó que el año próximo no se den aquellas representaciones á fin de preparar con tiempo y de una manera digna el ciclo de los Niebelungos

– En Constantinopla se va á fundar un Conservatorio de Música: débese este acuerdo al sultán, que es un gran aficionado á este arte bella y además un consumado pianista, el cual ha elegido para director de la institución á Derlet Effendi, artista que ha hecho sus estudios musicales en París á costa del soberano turco.

– A fines de este mes se inaugurará en Gante la Exposición anual de Bellas Artes de Bélgica.

– En Schweinfurt se ha celebrado la octava fiesta de la Asociación de orfeones franconios, á la que concurrieron 4.000 asociados, con varios banquetes y un concierto monstruo que produjo delirante entusiasmo, y terminado el cual verificóse la ceremonia de entregar al orfeón de Schweinfurt la bandera de la Asociación que custodiaba el de Koburgo, y de colocar los lazos conmemorativos en los estandartes de los orfeones presentes á las fiestas. Terminaron éstas con un desfile delante del monumento de Ruckert. La Asociación consta actualmente de 174 orfeones con 5.172 cantores.

– El eminente pintor español Sr. Pradilla, que como dijimos á nuestros lectores fué premiado recientemente con el gran diploma de honor en la Exposición de Viena, acaba de obtener también en la de Berlín la más alta recompensa, ó sea una de las tres grandes medallas de oro para el arte que el emperador de Alemania ha creado para recompensar el mérito de artistas de reputación europea y reconocida. Las otras dos han sido otorgadas al pintor Falat y al escultor Schilling.

Teatros. – En el Chateau d' Eau se ha estrenado con buen éxito una comedia en cinco actos, *L' heritage de Jean Gommier*, de A. Lemonnier y L. Pericaud, de argumento interesante en que se suceden bien enlazadas escenas alegres y otras de carácter eminentemente dramático.

– En Baireuth han comenzado las representaciones wagnerianas con la ópera *Parsifal* cantada por Van Dych (Parsifal), Grengg (Gurnemanz), Plank (Klingsor), Kaschmann (Amfortas) y la señorita Meilhac (Kundry): todos fueron aplaudidos con entusiasmo, lo propio que los coros y la orquesta, admirablemente dirigidos por el maestro Levi. A esta ópera siguió *Tristán é Isolda*, que obtuvo también gran éxito y cuyos protagonistas estuvieron á cargo de la señora Sucher y de Enrique Vogl: dirigió la orquesta el maestro Mottl.

Posteriormente se ha verificado la primera representación, durante esta temporada, de *Tanhauser*, produciendo gran efecto: en la ejecución se distinguieron especialmente Gruning y Scheidemantel en los papeles de protagonista y de Wolframo. El primer ciclo de la fiesta de este año terminó dignamente con la representación de *Los maestros cantores de Nuremberga*, en la que fueron muy aplaudidos los cantantes Gura, Nebe y señora Staudigl en sus respectivos papeles de Hans Sachs, Beckmesser y Hofmüller. Los coros y la orquesta estuvieron admirables.

– El teatro Francés ha tenido durante los seis primeros meses de este año ingresos por 1.170.377 francos, que es la mayor suma recaudada en ese coliseo desde que existe, incluso durante el período de la última Exposición universal.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

A. Grissemann, notable escultor tirolés, uno de los primeros tallistas de madera, que ejecutó también en mármol y en bronce sus obras más importantes.

José Alejandro, conde de Hubner, ilustre diplomático austriaco, que entre otros cargos desempeñó el de embajador en París y cerca de la Santa Sede: en 1868 abandonó la carrera diplomática y emprendió grandes viajes cuyos resultados relató en la obra *Un paseo alrededor del mundo*.

Julio Huth, distinguido pintor de marinas alemán.

Francisco Schneeberger, famoso novelista austriaco conocido con el seudónimo de Arturo Storch y fundador del primer asilo para niños abandonados que hubo en Austria.

A. Lavalley, notable ingeniero francés, ex presidente de la Sociedad de Ingenieros civiles, senador y oficial de la Legión de honor: emprendió grandes obras públicas especialmente en la isla de la Reunión.

P. Teisserenc de Bort, senador francés, ex ministro de Agricultura y de Comercio y ex embajador: se ocupó en estudios técnicos de ferrocarriles, preocupóse siempre del fomento de los intereses agrícolas, industriales y comerciales y contribuyó poderosamente al éxito de las Exposiciones Universales de París.

El Excmo. Sr. D. Rafael Rodríguez Arias, vicealmirante de la Armada española, ex ministro varias veces de Marina, senador vitalicio, vicepresidente del Consejo Superior de la Armada, gran cruz de Isabel la Católica, de San Hermenegildo, del Mérito naval, de Villaviciosa, de San Mauricio y de San Lázaro.

Francisco Komlossy, notable pintor austriaco.

Conrado Reinherz, célebre paisajista alemán.

Varia. – En el próximo mes de septiembre se verificará en Merán la representación popular que dirige el conocido poeta tirolés Carlos Wolf y para la cual se ha construído un teatro ex profeso. La obra que se pondrá en escena se titula *El Tirol en* 1809 y en ella tomarán parte más de 300 actores, casi todos ellos descendientes de los héroes de 1809: los trajes y armas antiguos son legítimos de aquella época y constituyen verdaderos ejemplares de museo.

NUESTROS GRABADOS

Ruinas del Teatro Principal de Granada recientemente destruído por un incendio. – A las doce de la noche del 17 de julio último los vecinos de la calle de San Fernando, de Granada, notaron que salía humo por una ventana del Teatro Principal correspondiente á la guardarropía. Dada la voz de alarma, acudióse á sofocar el incendio; pero cuantos esfuerzos se hicieron para ello fueron inútiles, pues á las pocas horas el coliseo quedaba completamente destruído, en el estado que podrán ver nuestros lectores por el grabado que reproducimos de una fotografía que ha tenido la galantería de remitirnos desde aquella ciudad D. Romualdo de Castro. El teatro era propiedad de D. Manuel García Lovera, y aunque pequeño, pues sólo cabían en el 1.300 personas, era de aspecto elegante y tenía un buen telón de boca. Se cree que el incendio fué debido á un descuido de alguno de los empleados ó actores de la compañía que actúa en el teatro de verano de la calle del Gran Capitán, propiedad también del Sr. García Lovera, que de día ensayaban en el Teatro Principal.



La *Galatea* se detuvo, botóse una chalupa al mar...

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX. — ILUSTRACIONES DE E. BAYARD

(CONTINUACIÓN)

A nuestra izquierda desarróllase una serie de ribazos batidos por las olas, de color pardusco y aspecto lúgubre, cráteres medio hundidos... En lontananza surgen del centro de la isla conos, picos, altas montañas cubiertas de hielo, que van aplanándose en forma de gradas horizontales, terminando en suaves pendientes, las cuales presentan un conjunto más alegre por las hierbas y musgos que allí crecen, aunque muy escasos, en la presente estación; también vemos algunos pequeños valles, con montecillos, en cuyo fondo deslízanse arroyuelos que caen como cascadas por encima de los ribazos.

Avanzamos lentamente, explorando el camino, examinando todas las caletas y disparando á intervalos un cañonazo, que hace remontar el vuelo á nubes de pájaros bobos, de cercetas y algunas otras aves. Nos urge, sin embargo, llegar á la «Bahía Americana,» donde encontraremos á nuestros compatriotas, si han podido realizar su proyecto. No debemos estar lejos, y ya nos parece que han debido alejarse de la orilla en sus embarcaciones para salir al encuentro de los que tanto ruido hacen desde esta mañana.

A nuestros ojos se presenta un cabo de bastante elevación, aplanado en forma de meseta en su cima; detrás de él vemos una vasta bahía, dividida en caletas más pequeñas; miro atentamente el paisaje y veo que se asemeja al descrito por el *Comus:* cerca de una de las caletas hállase el ribazo rojo, único de este color que hay en la costa; en su base hay tierras

desprendidas y matas de fucos gigantescos, cuyas ramas se prolongan sobre el agua, y á su derecha, dejando adivinar un paso entre él y la costa brava, destácase una gran roca en forma de mitra de obispo, de la cual parten igualmente á manera de tentáculos largas ramas de fucos. Hasta que llegamos delante del paso no vemos al fin la pequeña bahía adonde conduce: tan bien resguardada está por todas partes. En su inmediación, en el fondo, hay una caseta completamente igual á la de la isla Hog, pero solitaria también, según todas las apariencias: volvemos á encontrar pájaros bobos, albatros y focas, pero ni un solo habitante, ni un hombre... No lejos de la casa vemos, como en un cementerio, varias cruces clavadas en tierra, y en la playa barriles, cadenas y tablones...

Doy orden de botar al mar una pequeña embarcación, que nos precede para guiarnos, y hago penetrar á la *Galatea* entre las ramas de fucos que, partiendo unos del ribazo y otros de la roca mitrada, sepáranse y dejan entre sí un canal sinuoso que procuro seguir por el centro. Llegados á la bahía, dejamos caer el ancla, me lanzo rápidamente á la embarcación y salto á tierra acompañado de varios oficiales.



Desde la *Galatea* veíamos á nuestros marineros hablar con los náufragos sin saltar á tierra

Para dirigirnos desde el punto de nuestro desembarco á la «Casa de los víveres» es preciso atravesar un río de límpida corriente, cerca del cual duermen los elefantes marinos. Nos abrimos paso en medio de ellos, y franqueado el río todos echamos á correr... Muy pronto franqueamos los restos de un antiguo campamento de balleneros, donde se ven chozas hundidas, grandes recipientes de hierro para filtrar el aceite y muchos toneles vacíos. Todo esto no parece haber servido hace largos años; varias tablas están sepultadas bajo el musgo y algunos instrumentos de hierro están profundamente corroídos por el orín. En otro tiempo, efectivamente, algunos balleneros se detenían aquí; pero rara vez vienen ahora, á causa de los grandes peligros á que están expuestos en estos parajes.

Ahora estamos muy cerca de la casa y vamos á llegar á ella. Si hubiese habitantes, ¿no se hallarían ya en nuestros brazos?

Mis oficiales se apresuran, y no sé por qué yo acorto el paso. El cementerio vecino me atrae; doy un rodeo y me aproximo con el corazón palpitante. Sí, es un cementerio y hay tres tumbas, con toscas cruces, en las que se leen los nombres de los difuntos... No son franceses y hace ya largo tiempo que los enterraron, pues leo la fecha 1866: son dos ingleses y un prusiano: este último se suicidó, según dice la inscripción. No aparece por ninguna parte el nombre del buque que debieron tripular.

¿Quién sabe qué doloroso drama ha ocurrido en esta tierra?

Sin embargo, mis dos oficiales, M. Blanc y M. Coignet, han llegado ya y me esperan; una mirada de ellos me basta para comprender la verdad... Llego, y me muestran con triste ademán la puerta, sólidamente cerrada y cubierta de musgo... Seguramente nadie la abrió jamás desde que los marineros del *Comus* dejaron allí sus víveres... A una señal, el carpintero que nos acompaña la hace saltar; pero las provisiones llenan de tal modo la cabaña, que no podemos penetrar en su interior...

Quisiera dudar y esperar aún hasta el fin, por lo cual mando abrir algunas cajas: todas están llenas; nadie las ha tocado; estas contienen zapatos, prendas de vestir, chaquetones; otras, conservas alimenticias de toda especie, carne de salazón, galleta, te; un barril está lleno de cápsulas especiales, que por la percusión sobre una roca producen una larga llama suficiente para encender una hoguera. Todo lo habían previsto aquellos bravos marineros del *Comus*. ¡Cómo se hubieran alegrado nuestros compatriotas al encontrar semejante depósito!

La isla de Posesión es más grande y más abrigada que la de Hog, y la vegetación, aunque achaparrada, es más vigorosa; allí abunda la col de Kerguelen y también dos especies de berros. Agotados los víveres en aquella isla, aún les quedaba á los náufragos el recurso de trasladarse á la del Este, á la cual habrían llegado sin dificultad, porque apenas dista de diez y seis á diez y ocho kilómetros; pero no habrían necesitado apelar á este último recurso, puesto que nos hubieran visto llegar, después de dos meses apenas de su salida de la isla Hog.

¡Ah! ¡Por qué no permanecían allí, según les aconsejaba mi pobre Luis, á pesar de las privaciones que hubiesen debido sufrir! ¡Cómo debió luchar para retenerlos! Y después, al verlos tan decididos, los seguiría...

No era difícil adivinar qué había sido de ellos; todos lo pensábamos sin decirlo; y muy contristados, volvimos á bordo de la *Galatea*, adonde ansiaba llegar cuanto antes para estar solo...

Mi tripulación necesita descanso y he resuelto permanecer un día ó dos al ancla en estas aguas, conservando los fuegos encendidos á fin de estar dispuestos á marchar en cuanto haya indicios de mal tiempo. Apenas llegado á bordo, he concedido permiso á los oficiales y á varios marineros para que vayan á tierra á cazar, á pescar, ó distraerse, si pueden, mientras yo me he encerrado en mi camarote para entregarme á dolorosas reflexiones... Mi espíritu, sobrexcitado hace un mes, está abatido en este momento; mis nervios, rígidos antes, se han aflojado; y ahora ¡lloro, sí, lloro como un niño al contemplar el retrato de Luis, los de Juana y Magdalena y ese mar cruel, tranquilo hoy, impasible, misterioso, donde acaban de hundirse, con mi hermano querido, todas mis alegrías, todos mis ensueños, toda mi felicidad!



***

Isla de la Posesión, 10 *de diciembre de* 1882

Ayer tarde regresaron los oficiales y marineros después de hacer una larga excursión por los alrededores sin ver vestigio alguno de hombres. Me alegré de su vuelta, porque el barómetro bajaba de una manera alarmante. Ya estaba preparado para aparejar. Es indudable que ha reinado por fuera un huracán, pero aquí no hemos sentido apenas sus efectos. Preservados por las altas montañas oímos pasar sobre nuestras cabezas las ráfagas que silban; pero en la bahía, alrededor de nosotros, la superficie está tranquila como la de un lago, observándose tan sólo largas ondulaciones regulares, en las cuales se mece muellemente la *Galatea*.

Hoy, aunque diciembre corresponde aquí al mes de junio, la nieve cae fría, triste y silenciosa. Las colinas y hasta la playa están cubiertas de una blanca alfombra. Algunas bandadas de aves revolotean sin gritar á lo largo de la orilla. Alrededor de nosotros todo es melancolía y soledad.

En alta mar sopla la brisa todavía, la superficie de las aguas está salpicada de crestas blancas que corren en todos sentidos, como después de una tormenta. Quiero dejarle tiempo para que se apacigüe, concediendo una noche más de reposo á la tripulación: mañana marcharé para ir á matar mi última esperanza...

Podría ser, en efecto, y algunos lo creen á bordo, que los náufragos hubieran sido arrastrados, en su aventurado viaje, más allá de la Posesión, tan á menudo velada por la bruma. La isla del Este se halla casi siempre visible porque está á más altura y sobre todo porque su proximidad á la Posesión la preserva de la bruma que ésta retiene.

¿Se hallarán allí?

¡Sí, tal vez, tal vez!

He esperado tanto, que ya no espero más...

Esta noche el tiempo es verdaderamente magnífico; el cielo está sereno y la temperatura es suave. Agrupados en la proa, nuestros marineros entonan melancólicas y sencillas canciones á que son tan aficionados los marinos de todos los países; y sus voces en estos parajes, á la pálida luz de la luna, que ilumina tres cruces plantadas en la nieve, son más tristes aún que el profundo silencio que nos rodea...



Isla de la Posesión, 12 *de diciembre de* 1882

Hay en estos mares una goleta misteriosa que yo hubiera querido encontrar...

Ayer dí la vuelta completa á la isla del Este: es una agrupación de rocas, un cúmulo de picos, de lavas, de volcanes, un laberinto de montañas cuyas cimas se confunden con las nubes, y todo esto flanqueado de altos ribazos, desde los cuales se precipitan los arroyos en forma de cascadas.

Eran las seis de la tarde, y ya había llegado por el Norte á las inmediaciones de una pequeña playa arenosa que terminaba en un valle, única que parecía permitir la entrada en esta tierra fantástica, cuando de improviso divisamos la «Casa de los víveres.»

Un oficial que miraba con su anteojo me dijo de pronto:

– Comandante, en la casa debe haber gente, pues veo una embarcación en seco en la playa.

– ¿Será posible? ¿No le engaña la vista?

– Véalo usted mismo, añadió alargándome el anteojo.

Nos habían engañado tan á menudo las ilusiones de formas, que no osaba dar crédito á mis ojos... pero no, no me engañaba, era una embarcación, una sólida ballenera pintada de color gris... Como para confirmarlo, en el mismo instante el gaviero de vigía gritó alegremente desde el mástil:

– ¡Hombres en tierra á la vista cerca de la casa!

¡Hombres! ¡*Ellos* al fin! ¿Sería posible?

Yo miraba, pero turbábase mi vista y no distinguía más que masas confusas... Entonces acerqué la *Galatea* á la orilla...

En efecto, eran hombres; no cabía ninguna duda; uno de ellos llevaba chaquetón de color rojo, todos habían avanzado hasta la orilla de la playa y nos llamaban agitando los brazos.

– ¡Pronto una embarcación al mar, grité al oficial de guardia, y de prisa! Kervella irá á buscar á los náufragos.

La *Galatea* se detuvo, botóse una chalupa al mar y se presentaron veinte marineros para embarcarse. Kervella eligió seis de los más robustos, trasladóse

con ellos á la chalupa, y muy pronto vimos cómo ésta, á pesar del viento contrario, avanzaba hacia tierra con rapidez.

En el puente del buque agrupábanse todos los marineros siguiendo con la vista nuestra chalupa que se alejaba; algunos hombres habían trepado á las jarcias, otros estaban en los mástiles; oíanse cuchicheos y ruidosas carcajadas, y hubo un momento de confusión, á la que puso término una orden cariñosa del oficial de guardia.

– ¡Vamos, muchachos, gritó, un poco de silencio en el puente!

La conversación continuó en voz baja entre los marineros que seguían haciendo suposiciones.

No habíamos visto en tierra más que siete hombres; tal vez los otros estarían recorriendo el interior de la isla, ó acaso enfermos en la casa, ó quizás muertos...

Sobre la arena de la playa veíase solamente una embarcación, y el capitán del *Tamaris* hablaba de dos. ¿Habría naufragado la otra en el camino?

Pero inútilmente trataba yo de reconocer á Luis entre aquellos hombres barbudos y mal vestidos, que se asemejaban todos bajo sus pieles de foca.

Estábamos demasiado lejos, y por desgracia la *Galatea* no podía aproximarse más á causa de las rocas...

El teniente se acercó para hablarme.

– Acabo de dar órdenes, dijo, para que se sirva una buena comida á los náufragos apenas lleguen.

– ¡Bien, amigo mío, contesté, muy bien!

Y mis ojos siguieron buscando ansiosamente.

Uno de los hombres que estaban en tierra me parecía de la talla de Luis, y se me figuró que se agitaba más alegremente que los demás; pero no, era imposible ver bien á tal distancia, y sin duda ignoraba que nuestro buque fuese la *Galatea*...

A pesar de todo, sentíame poseído de una de esas alegrías profundas y tranquilas en que el corazón se enternece, en que se revelan nuestros sentimientos más elevados y en que las lágrimas acuden á los ojos del hombre más fuerte.

Nuestra chalupa había abordado ya, y desde la *Galatea* veíamos á nuestros marineros hablar con los náufragos sin saltar á tierra... había mar gruesa por todas partes, y sin duda esta circunstancia impedía llegar hasta la playa.

Trascurrieron algunos minutos, y después la chalupa volvió hacia nosotros sin nuestros compatriotas, que la miraron un instante mientras se alejaba y se dirigieron luego á la casa.

No, en el momento á ninguno se le ocurrió que aquellos hombres podrían no ser náufragos, pensamos que sin duda iban á venir en su embarcación, y que habrían ido á la casa para recoger sus mástiles y remos y cuanto quisieran llevarse...

Pero yo comencé á reflexionar mientras la chalupa se acercaba. «De todos modos, decíame, parece que no se dan mucha prisa... Kervella ha debido decir que nuestro buque es la *Galatea*, y que el comandante era Pedro Larache... Creo que yo, en el lugar de Luis, me habría arrojado desde luego al agua... ¿No estaría allí?»

Por fin llega la chalupa, y cuando está bastante cerca para que podamos hablar, poseído de impaciencia, me inclino sobre las jarcias y pregunto:

– ¿Qué hay, Kervella? ¿No ha podido usted abordar?... ¡Cuándo vendrán, vive Dios!

– ¡Bah!, exclamó Kervella con expresión desanimada, ¡no son ellos! Son americanos y no náufragos. Dicen que quieren quedarse allí...

– ¿Cómo que no eran ellos?... ¿Americanos?...

No, á nadie le había ocurrido tal cosa. El golpe era tan brusco, tan inesperado, que al pronto no lo sentí... Me pasé la mano por la frente inundada de sudor, y al retirarme del puente dije al oficial de guardia:

– Que izen la chalupa, después prosígase la marcha desviándose de tierra durante veinte minutos, y hecho esto le daré órdenes. Usted, Kervella, acompáñeme á mi camarote y hablaremos.

Kervella me ha dicho que los hombres de la isla del Este eran pescadores de focas. Habían llegado hacía dos meses en una gran goleta, que los dejó en la isla con víveres, y que volvería á buscarlos dentro de otros dos...

– ¡Cómo dos meses!, exclamé. ¿Hace dos meses que están ahí? Pues entonces la goleta, que venía del cabo de Buena Esperanza, ha pasado cerca de la isla Hog poco más ó menos en la época en que nuestros compatriotas la abandonaban. ¿Están seguros de hallarse allí hace dos meses?

– Poco más ó menos; no lo saben á punto fijo, pues han perdido casi la noción del tiempo. Hay seis hombres jóvenes, de veintidós á veinticinco años, y un viejo contramaestre, de barba blanca, á quien he dicho lo que allí nos llevaba. Como habla mal el francés, ha sonreído con aire indiferente, haciendo un ademán para indicarme que era preciso buscar á nuestros compañeros en el fondo del agua. «Hoy les toca á ellos, añadió; mañana tal vez á nosotros. Por lo demás, ni hemos visto á esos náufragos ni oído decir nada de ellos, y estamos seguros de ser ahora los únicos habitantes de la isla.»

– Pero ¿adónde ha ido la goleta después de haberlos dejado aquí?, pregunté.

– A la pesca de la ballena; pero no saben dónde, ni se cuidan mucho de ello. El viejo me señaló con la mano hacia el Este.

– A Kerguelen... ¿Habrán ido tan lejos?

– Lo ignoro. Yo deseaba que aquel jefe viniera para hablar con usted, y he procurado inducirle á ello, diciendo que se le darían provisiones y ron; pero no ha querido embarcarse, y me contestó que no necesitaban nada.

– ¿Y no han tocado los víveres que hay en la casa?

– No, me han asegurado que tenían lo necesario, y que ninguno de ellos tocaría jamás á esas provisiones reservadas para los náufragos.

– Está bien, puede usted retirarse.

Apenas me quedé solo, una pena angustiosa me oprimió el corazón y experimenté un profundo desaliento.

¿Qué esperar ya? ¿Qué hacer ahora? Hubiera querido ir yo mismo á interrogar al viejo ballenero; pero ¿qué podría averiguar sobre lo que me había dicho Kervella? Y por otra parte, ¿qué importaban algunos detalles más, que solamente servirían para aumentar sin provecho alguno mi tristeza?

La noche se acercaba, y hubiera sido demasiado peligroso para la *Galatea* permanecer en aquella costa sembrada de escollos. En su consecuencia señalé la ruta de manera que diésemos vuelta á la isla desde lejos, para estar por la mañana al amanecer delante de la «Bahía del Buque» en la isla de la Posesión.

***

En el archipiélago, 13 de diciembre de 1882 (por la noche)

He querido ver de nuevo esa punta en donde la marejada me permitió desembarcar la primera vez. Después visitaré la isla de los Pingüinos, hacia la cual me dirijo ahora, y por último los islotes de los Apóstoles, aunque en todas esas rocas no se ha dejado ningún depósito de víveres. Hecho esto, quizás vuelva por última vez á la isla de Hog... No puedo resolverme á dejar este archipiélago, á pesar de la ansiedad con que deben esperarme la pobre Juana y Magdalena, en quienes no me atrevo á pensar.

En la «Bahía del Buque» sólo esta noche nos ha sido posible comunicar con la tierra. Mientras me detenía delante de la entrada, envié una chalupa al mando de un oficial.

No ha encontrado el menor vestigio de campamento, ni una tabla, ni resto alguno, pero sí una lata de sardinas mal cerrada, en la cual se había puesto un papel, húmedo ya, manchado, amarillento, en cuatro dobleces, y que se habría rasgado si se hubiese querido despegar sus fragmentos. Por eso me le entregaron sin leer el contenido.

¡Era de ver con qué precauciones le secamos y con qué cuidado se trató de unir los pedazos de papel!

Después de un largo trabajo hemos conseguido reconstituir por completo las dos ó tres frases que contenía; pero á causa de haberse roto un pedacito del papel no fué posible reconocer la preciosa fecha en que había sido escrito.

He aquí la traducción de esa nota, que estaba redactada en mal inglés, y que no tuvo importancia sino por las reflexiones que me sugirió:

«*Isla de la Posesión, J* (rasgado) 1882.

»A quien esto pueda interesar.

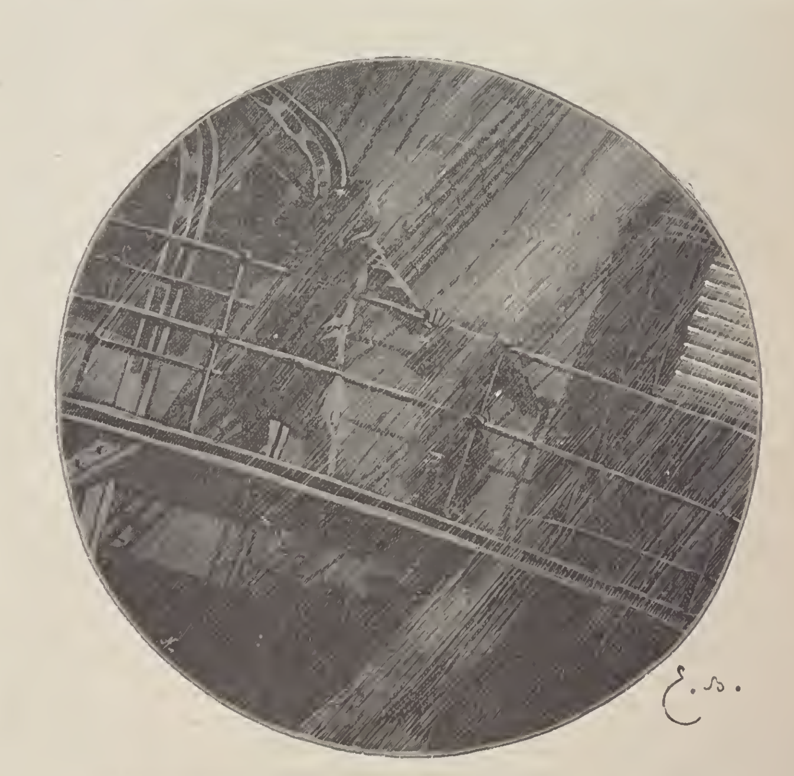
»La goleta *Francis Allyn* espera el *primer día bueno* para marchar.

»Iré á la isla del Este primero para recoger los hombres que he dejado allí; después iré á la de los Apóstoles, y luego marcharé directamente al cabo de Buena Esperanza. Llevamos 350 barriles de aceite y 400 pieles de foca.

»J. JOSÉ FULLER, *contramaestre*.»

Estas simples líneas me infundieron á la vez una esperanza y un pesar. De ellas resultaba que otra goleta, además de la de los pescadores de la isla del Este, había cruzado también por aquellos parajes durante el año 1882, recorriendo las tres islas de la Posesión, del Este y de los Apóstoles... Como no tenía más que las velas para ayudarse en su navegación, todas esas travesías debieron ser largas, y yo calculo por lo menos en tres semanas el tiempo de su permanencia en las islas.

La fecha J... 1882 no podía indicar sino uno de los tres meses siguientes: enero, junio, julio (1). El capitán Fuller había escrito su carta en la Posesión, donde esperaba, según decía, el primer día bueno para marchar, y por lo tanto no era probable que se refiriese á enero, pues este mes es el más hermoso y no escasean en él los días buenos. Junio corresponde á nuestro mes de diciembre; la estación habría estado muy adelantada y por eso hubiera querido aparejar, pero le retenía el mal tiempo. Por otra parte, en el papel amarillo, el intervalo entre la letra J y el embrión de la cifra 1 no permitía más que añadir las tres letras que completaban la palabra «junio» (en inglés *June*). Evidentemente era en este mes y en sus primeros días cuando, retardado por diversos incidentes, se hallaba al ancla en la «Bahía del Buque.» En esta misma época nuestros compatriotas se hallaban en la isla Hog, apenas distante siete millas (12 kilómetros) de la isla de los Apóstoles.



Agarrado al puente, junto al oficial de guardia, no abandono aquel puesto sino un momento de hora en hora

(Continuará)

(1) En francés, *janvier, juin, juillet*, y en inglés *january, june, july*. – N. del T.

SECCION CIENTIFICA

EMPLEO DE LA COMETA COMO APARATO DE SALVAMENTO

Cerca de Nueva York se han verificado recientemente interesantes experimentos con objeto de demostrar que las cometas pueden ser empleadas para enviar un cable de salvamento á un punto determinado del mar. El inventor del procedimiento es M. Woodbridge Davis, que ha estudiado las condiciones de construcción de una buena cometa, para la cual ha adoptado la forma de una estrella hexagonal, como puede verse en la fig. 1. La cometa es desmontable y puede doblarse, merced á lo cual se hace muy fácil su transporte. Su armazón está formado por tres varitas de unos dos metros de longitud que se cruzan en su centro y cuyos extremos forman las puntas de seis radios de estrella, y va cubierto por una tela empapada en aceite para que sea impermeable.

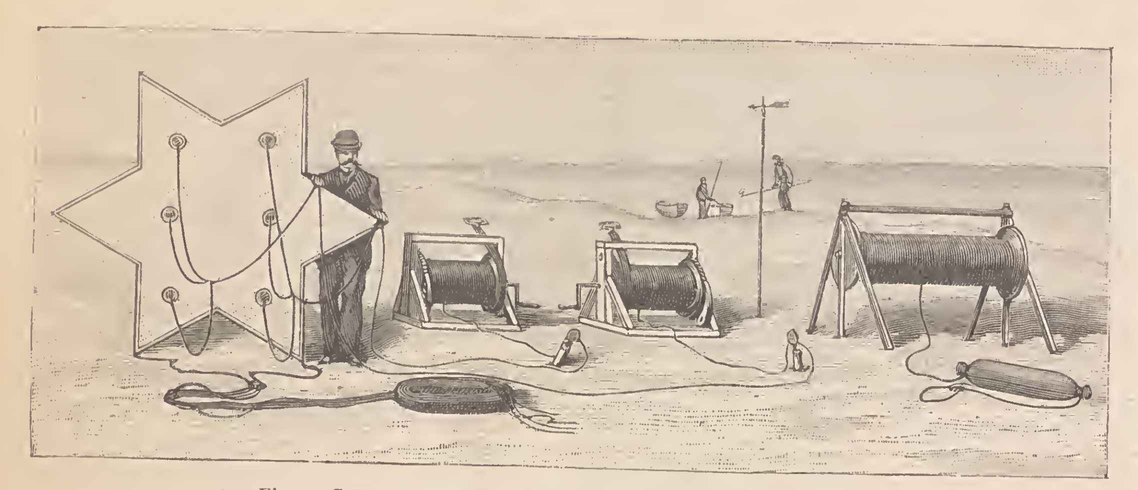


Fig. 1. Cometa destinada á remolcar en el mar un cable de salvamento

La cometa así dispuesta lleva tres sistemas de atadura: el del centro forma el sedal principal y los otros dos más ligeros constituyen los sedales de dirección, arrollados los tres en carretes maniobrados por una pequeña cabria de mano. Una vez elevada la cometa se le puede hacer desviar en 65 grados á la derecha ó á la izquierda de la línea del viento, y gracias á esta facilidad de orientación fué posible, cuando se hicieron los experimentos de que hemos hablado, lanzarla varias veces desde la playa y hacerla cernerse sobre un pequeño islote que no estaba situado á sotavento. Cuando la cometa se encontró en la dirección fijáronse los dos sedales que sirven de guías en el sedal principal, y éste fué clavado en una boya destinada á remolcar el cable de salvamento que se trataba de hacer llegar al islote. La boya arrastrada se dirigió con gran rapidez al punto deseado y se detuvo en medio de las rocas situadas en la parte Sur de la isla muy cerca del sitio designado.

El islote adonde tan felizmente llegó la boya estaba á 1.200 metros de distancia de la playa, y la boya arrastrada por la cometa operó la travesía á pesar de una fuerte corriente que hacía describir al cable de salvamento remolcado una curva muy pronunciada.

La cometa está construída de modo que pueda resistir á todos los vientos, y permite el transporte de un cable mucho más pesado que el que puede lanzarse con los aparatos ordinarios. Su superficie total es de dos metros cuadrados, de suerte que un viento de 20 metros por segundo ejercerá sobre ella una presión de 80 kilogramos si se admite que dicha superficie es vertical. El esfuerzo ejercido sobre las cuerdas de la cometa cuando ésta tiene una inclinación de 30 grados es de unos 59 kilogramos.

El experimento hecho á la inversa del que acabamos de describir, ó sea el que consiste en lanzar la cometa desde un buque en peligro para hacer llegar un cable hasta la costa, puede salir bien en las mismas condiciones en el caso de que el viento sople desde la embarcación á la playa: para ello bastará que la cometa esté montada á bordo de aquélla, como representa la fig. 2. Este experimento se ha verificado ya, según refiere el *Yacht* en la siguiente anécdota que de él copiamos:

«El agente de una sociedad inglesa de salvamento, dice, había llamado recientemente la atención de los marinos sobre las ventajas de la cometa á consecuencia del experimento que había tenido ocasión de hacer en las circunstancias siguientes: habiéndose visto un día sorprendido por el mal tiempo á bordo de un buque encallado entre rocas y á alguna distancia de la costa, y no pudiendo el remolcador que con sus hombres había llevado para verificar el salvamento acercarse adonde él se encontraba por el mal estado del mar, vióse obligado á permanecer muchos días á bordo esperando que la tempestad cediera. Para poder comunicar con los de tierra sirvióse de una cometa, confeccionada por el carpintero en la embarcación perdida con una duela de barril de salazón y varitas de madera: la cola se hizo con filástica y para el sedal se utilizó una pieza de merlín arrollada en un pedazo de madera de forma cilíndrica. Esta cometa fué construída en veinte minutos: cuando llegó á cierta altura fijóse en el sedal un trozo de madera y se fué soltando cuerda hasta que éste llegó á la playa y fué cogido por el agente de la sociedad que allí se encontraba y que pudo hacer descender la cometa hasta él y recoger las cartas que habían sido previamente metidas en un saquito de tela fijado en el dorso de aquélla. Después de haber recogido las cartas hizo con su pañuelo señales á los hombres de la embarcación para que tirasen de la cometa para volverla á bordo. Mientras duró el mal tiempo, la comunicación entre el barco y la costa se hizo de esta manera. Al séptimo, día viendo los de bordo que les faltaban patatas, confeccionaron una cometa de mayores dimensiones por medio de la cual se remolcó una pequeña embarcación que fué recogida por los de tierra, quienes colocaron en ella las provisiones pedidas, siendo luego atraída al barco junto con la cometa. Los servicios prestados por ésta decidieron al agente de aquella sociedad de salvamento á confeccionar otra que pudiese desmontarse y meterse en una caja de modo que se pudiera tener siempre á mano en caso necesario.»

Como se ve, el empleo de una cometa puede servir, no sólo para enviar un cable de salvamento, sino también para remolcar cartas y aun provisiones que podrían empaquetarse en un barril estanco.

Fácil sería citar numerosos ejemplos de catástrofes que hubieran podido evitarse por medio del procedimiento de salvamento que mencionamos. Una cometa desmontable, análoga á la que acabamos de describir, es un objeto de sencilla construcción para los marineros, cuya habilidad es proverbial, y debiera formar parte de los instrumentos que lleva todo buque. Parécenos que sería de gran interés hacer en nuestras costas experimentos como los indicados.

X., *ingeniero*

***

UN NUEVO METAL. – EL MASRIUM

La *Revue générale des sciences pures et appliquées* ha publicado un artículo de M. Held, profesor de la Escuela superior de Farmacia de Nancy, anunciando el descubrimiento de un nuevo elemento, hecho por los señores H. Droop Richmond y el doctor Hussein Off, químicos del laboratorio khedivial del Cairo. Este nuevo cuerpo procede de un alumbre fibroso recogido durante estos últimos años por Johnson Bajá en el lecho de una corriente del Alto Egipto. Analizando este mineral, los citados señores descubrieron en él la presencia del cobalto, del hierro, del alumbre, del manganeso y de otros óxidos cuyas propiedades son muy diferentes de las de los demás óxidos metálicos conocidos.

Este óxido es, al parecer, el de un nuevo metal al que se ha dado el nombre de *Masrium*, de la denominación árabe de Egipto Masr, y al mineral de donde ha sido extraído se le ha denominado masrita: el símbolo químico adoptado para representar este elemento es Ms.

Sin entrar en los detalles de las operaciones efectuadas para obtener los compuestos de este cuerpo, diremos únicamente que la determinación aproximada del peso atómico del masrium y el conjunto de reacciones de sus sales permiten incluirlo en el cuadro de Mendelejett en la familia del glucinium, calcium, strontium, baryum, en el sitio de un elemento hipotético cuyo peso atómico había de ser 225.

Hasta ahora no ha podido todavía ser aislado este nuevo metal por los procedimientos de reducción, generalmente seguidos para obtener los cuerpos de esta familia.

Este elemento, que tiene cierta conexión de una parte con los metales alcalino terrosos y de otra con el grupo del cinc, y que además puede producir una especie de alumbre con el sulfato de aluminio, revela, pues, propiedades enteramente individuales. Su descubrimiento, si es que se confirma, constituirá por lo mismo un hecho de importancia en la química moderna.

A. HEBERT

***

LA APYRITA, PÓLVORA SIN HUMO SUECA

Los sabios suecos acaban de comprobar, por medio de varios experimentos, que han conseguido componer una pólvora sin humo dotada de las más preciosas cualidades para las armas de precisión. Esta pólvora, en cuya composición no entran más que dos ingredientes principales (es un nitrato de celulosa), arde sin llama, no calienta la cámara del arma, puede ser manejada y transportada sin peligro y no se altera con la humedad ni con el calor.

Los experimentos recientemente verificados en Estockolmo con la *apyrita* han dado los siguientes resultados extraordinarios: una carabina de repetición de pequeño calibre disparó primero diez tiros con la pólvora de nitroglicerina, luego quince con la pólvora ordinaria sueca y finalmente veinte con la *apyrita:* después de esta prueba se ha visto que el cañón se ha calentado menos con esta última pólvora que con las otras. Una carabina con la cual se hicieron 800 disparos con *apyrita* fué retirada sin haberla previamente limpiado, y cuando la examinaron ocho días después se vió que estaba tan limpia como un arma recién preparada para el tiro.

Con la nueva carabina que usa el ejército sueco, una carga de tres gramos y medio de *apyrita* dará una velocidad inicial de 640 metros por segundo con una presión de 2.260 gramos por centímetro cuadrado.

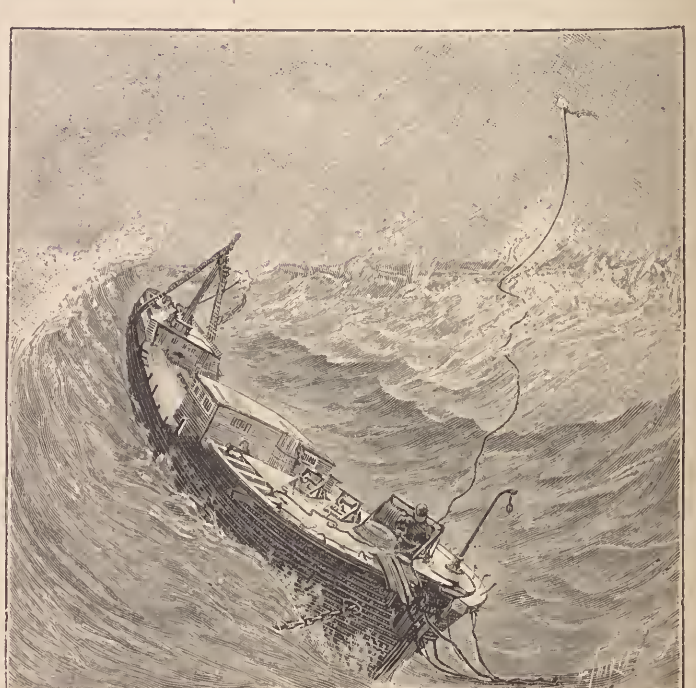


Fig. 2. Buque desmantelado puesto en comunicación con la costa por medio de una cometa

Otra ventaja que en el orden económico tiene es

ta pólvora es que su fabricación no exige herramientas nuevas ni edificios especiales.

***

NUEVO INCONVENIENTE DE LOS CORSÉS

Dado el incremento que van tomando las instalaciones eléctricas, el uso del corsé va á ser incompatible con la buena marcha de los relojes: de ello se ha dado un ejemplo reciente en Francia.

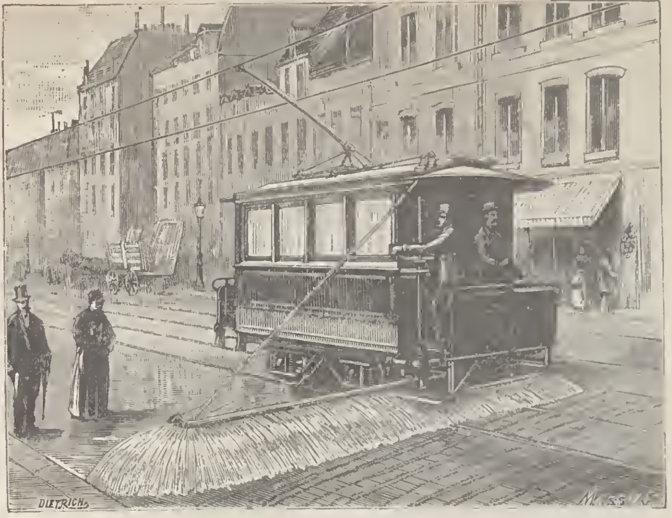
Una señora visitó no hace muchos días una fábrica de alumbrado eléctrico, y como la habían advertido del peligro á que están expuestos los relojes colocados en un campo magnético, había tenido la precaución de no llevarse el suyo; pero esta precaución resultó inútil, pues al día siguiente el reloj andaba rematadamente mal.

Hechas por el marido, que sin duda debía ser electricista, las debidas averiguaciones, descubrióse que durante la visita á la fábrica habíanse imanado los muelles de acero del corsé de la señora, los cuales al día siguiente habían comunicado su imanación á las piezas del reloj.

***

EL RIEGO DE LAS POBLACIONES
POR MEDIO DE LA ELECTRICIDAD

La tracción eléctrica de los tranvías ha adquirido en América de algunos años á esta parte una importancia de la que no podemos formarnos idea en Europa, y se presiente para una época muy próxima la total desaparición de los caballos como medios de arrastre de estos vehículos esencialmente modernos.



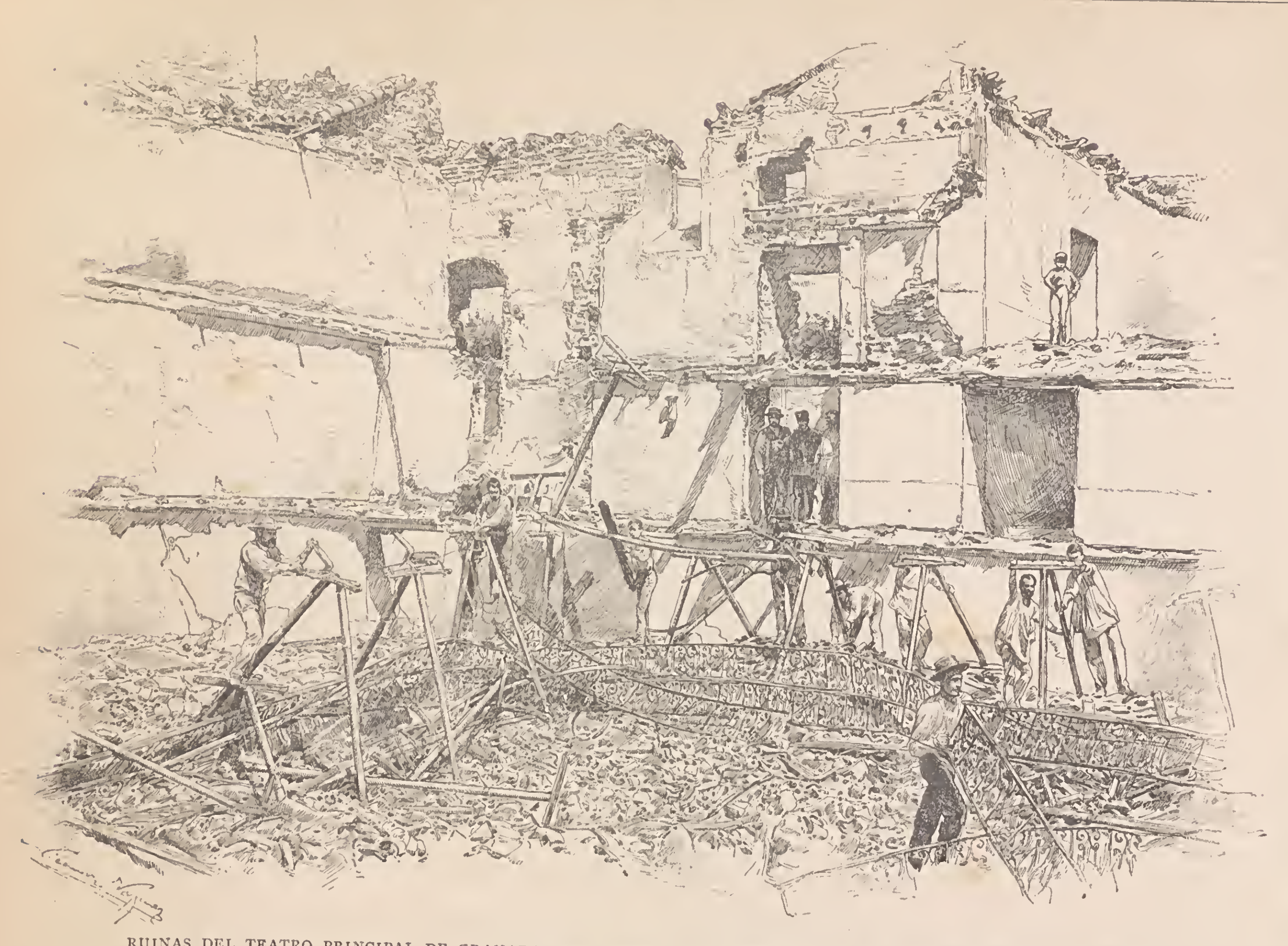
Tranvía americano para regar las calles, empleado en Luisville (Estados Unidos)

La tracción por la electricidad ha dado origen á una porción de industrias absolutamente especiales: tal casa fabrica exclusivamente los rieles, tal otra los cruces, esta los desvíos, aquella el *trolley*, sistema de toma de corriente en la línea aérea, etc., etc.

Cada especialidad es naturalmente explotada por una ó varias compañías particulares, y un diario que se ocupa de estas materias publica mensualmente cien páginas de texto y doscientas de anuncios exclusivamente consagradas á la industria de tranvías. Uno de estos anuncios constituye una de las singulares especialidades á que haya podido dar lugar la tracción eléctrica de los tranvías de las grandes ciudades; el riego de las calles públicas por medio de un vehículo especial, sistema adoptado por la compañía denominada *United Tramway Sprinkler Company* de Luisville (Kentucky).

Este sistema, que nuestro grabado explica suficientemente, tiene en su exterior todo el aspecto de un coche de tranvía ordinario á fin de no espantar á los caballos, pero en realidad es un gran depósito de hierro lleno de agua para el riego, agua que se lanza sobre la vía y á los lados por medio de un tubo horizontal con muchos agujeros y articulado en un extremo próximo al coche, gracias á lo cual y por una sencilla maniobra puede replegarse sobre la caja del vehículo para dejar pasar los pocos coches ordinarios que circulan por las calles casi no frecuentadas durante las horas en que el riego se verifica. Dos hombres colocados en la delantera hacen funcionar el tranvía y el aparato de riego y replegar el tubo en el caso citado. Esta disposición ingeniosa y económica asegura un riego rápido y regular, así es que el tranvía eléctrico de riego constituye desde ahora el complemento natural y casi obligatorio de toda explotación de tranvías importante que quiera seguir convenientemente los más recientes progresos de la industria eléctrica en América.

(De *La Nature*)



RUINAS DEL TEATRO PRINCIPAL DE GRANADA RECIENTEMENTE DESTRUÍDO POR UN INCENDIO (de una fotografía)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

PRIMICIAS, por *D. Salvador Cabeza León.* – La BIBLIOTECA GALLEGA que publica en la Coruña el editor D. Andrés Martínez se ha aumentado con una colección de trabajos en prosa y verso debidos á nuestro antiguo y querido colaborador Sr. Cabeza León. En los artículos en prosa se aprecian notables cualidades de estilo, de concepto y de espíritu crítico; y en las poesías rebosan inspiración y sentimiento que se desbordan en los armoniosos versos en castellano unos, y otros «en la dulce lengua inmortalizada por Macías, Alberto Camino y Rosalía Castro,» como dice el Sr. Cabeza en uno de sus artículos. Los asuntos que en éstos se tratan son tan varios como interesantes: en cuestiones de política, religión, arte y literatura halla el Sr. Cabeza ocasión de hacer gala de levantados pensamientos que revelan su claro talento y su corazón sano, abiertos á toda idea y sentimiento nobles. – Véndese el libro al precio de 2 pesetas para los suscriptores á la *Biblioteca Gallega* y de 3 para los que no lo son. Los pedidos deben dirigirse á D. Andrés Martínez, en la Coruña.

* * *

INDIANOS CACEREÑOS, por *D. Publio Hurtado.* – Con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América ha publicado el Sr. Hurtado, correspondiente de las Reales Academias de la Historia y Bellas Artes de San Fernando, una interesante colección de notas biográficas de los hijos de la alta Extremadura que sirvieron en América el primer siglo de su conquista. Es un libro que merece leerse, no sólo como documento histórico, sino como obra literaria. – Véndese en Cáceres, Centro de suscripciones de D. José del Pozo, al precio de una peseta.

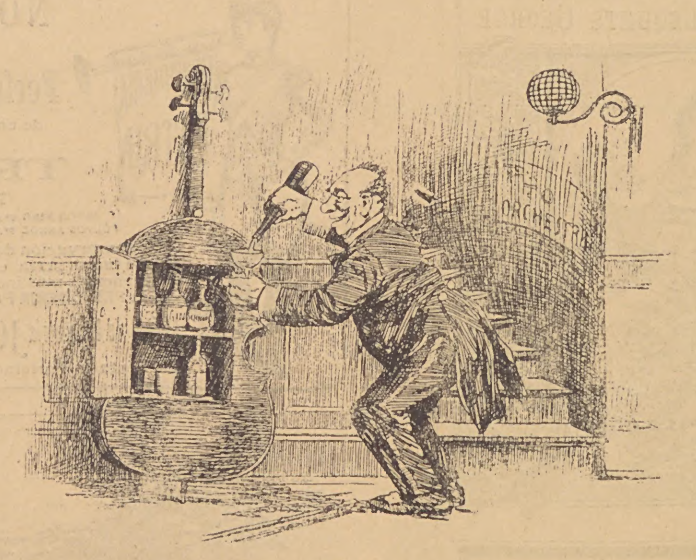
Imp. de Montaner y Simón



AÑO XI — BARCELONA 15 DE AGOSTO DE 1892 — NÚM. 555



– Media libra de té.
– ¿Lo quiere usted verde ó negro?
– Negro; es para una familia que está de luto.



CONTRABAJO-DESPENSA.

Lo que pierde el instrumento en sonoridad lo gana en bríos el instrumentista.



FÁBRICA la más importante del mundo, la que tiene mayores existencias y mejores productos en su clase.

Como quiera que el ser muy viejo es una de las condiciones más esenciales que debe reunir todo material con base de cemento, nuestra casa no entrega sus renombrados MOSAICOS HIDRÁULICOS ni ninguno de sus productos hasta pasado un año por lo menos de su fabricación. De ahí el gran crédito y el inmenso y progresivo consumo que de ellos se hace, no ya sólo en la Península y Ultramar, sino hasta en el Extranjero.

Otra de las cualidades que indudablemente influyen en la preferencia que hasta ahora viene dispensando el público inteligente y de refinado gusto á nuestros mosaicos, es la de habernos separado de los rutinarios dibujos y de haber creado, debido á renombrados artistas y sin reparar en sacrificios, otros originales y de exclusiva propiedad de esta casa.

ESPECIALIDADES DE LA CASA

Baldosas para aceras, cuadras y cocheras, dando mejor resultado que cualquiera clase de piedra, y siendo su precio mucho más económico.

Baldosas especiales para salas de máquinas, recomendándose por su gran solidez y limpieza.

Gran novedad en baldosas relieve para arrimaderos y pasillos.

Baldosas para galerías, patios y terrazas al aire libre. Producto inalterable y resistiendo á los cambios bruscos de temperatura.

Losas de gran relieve para ornamentación de fachadas y zócalos.

Las humedades en los pisos y muros se evitan con el empleo de nuestros pavimentos y zócalos ó arrimaderos.

Nuestra casa garantiza todos los artículos de su especial fabricación

FIRME EN SU PUESTO

Hace algunos años se prendió fuego á un vapor en el lago Erie, América del Norte, estando á algunas millas de la costa. Siendo imposible apagar el incendio, el práctico, Santiago Hazard, dirigió la proa á la costa más cercana. El fuego era tan intenso, que todos los pasajeros se vieron precisados á correr á la proa, pero el práctico permaneció heroicamente en su puesto. En menos de media hora se halló rodeado por las llamas, sufriendo horriblemente. El humo le ocultaba por completo á la vista de los aterrados pasajeros, mas cuando el viento lo disipaba, volvía á aparecer á sus ojos inmóvil junto á la rueda del timón, sacrificando así su existencia para que el barco no perdiera el rumbo trazado. Veinte minutos después estaba ya atracado en la orilla; todo el mundo se salvó menos el piloto. El pobre Hazard, mártir de su deber, había muerto por salvar á los demás. En las empresas grandes ó pequeñas, hombres como éste son los que merecen respeto y admiración. Vamos á presentar otro ejemplo.

Un inspector del tráfico de ferrocarriles cayó un día, hace diez años, en funciones de su cargo, y se hirió de consideración. La impresión que recibió hizo tal efecto sobre su sistema nervioso que tuvo que estar bajo el cuidado de un médico más de un mes, y un año después sus nervios aún se contraían y daban sacudidas, como si padeciera el mal de San Vito. Como el estómago está rodeado de nervios, su apetito y la digestión empezaron á sentir el efecto maléfico del daño sufrido. Asegura que estaba tan malo que apenas podía llevar á la boca una taza de té, y tan débil que andaba con mucho trabajo y dificultad. «Estaba á punto de ser víctima de una indigestión crónica y no tardé en sentirme presa de este horroroso padecimiento. Dormía mal, mi piel estaba seca y ardiente, tenía mal gusto en la boca y me sentía muy pesado de cuerpo y espíritu. Nada de lo que hacían los médicos daba resultado, hasta que un día un guarda del tren me aconsejó que tomara el *Jarabe curativo de la Madre Seigel*. A las primeras tomas ya me sentí mejor, y en diez ó doce días se acabaron los dolores de cabeza, se me calmaron los nervios y empecé á comer con apetito. Tuve constancia y el jarabe me curó según me habían dicho. Las medicinas no me llegaron á costar diez duros, y hoy me encuentro perfectamente bueno Por mucho que digan los médicos, no hay modo de desmentir los hechos. Estaba medio muerto y ahora estoy tan sano y tan fuerte como cualquiera otro.»

Mr. Benjamín Benson es jefe de estación en Werneth, Oldham, Inglaterra. Este cargo es la primera autoridad de una estación de ferrocarril, pues todos los demás empleados son subalternos. A este puesto sólo se llega por medio de buenos y continuados servicios en una compañía, pues que envuelve mucha responsabilidad. Mr. Benson nos ha escrito lo que sigue: «He sufrido mucho tiempo de indigestión crónica y no conseguí aliviarme hasta que he usado el *Jarabe curativo de la Madre Seigel*. El alimento más simple me ocasionaba gran dificultad, tanto que hasta tenía miedo de sentarme á la mesa. En multitud de ocasiones he tenido que levantarme durante la noche y andar de un lado para otro, porque no podía dormir ni descansar. Esta medicina me ha curado. También puedo asegurar que mi hijo Jorge, que padecía de neuralgia y gran debilidad nerviosa, debidas á la indigestión crónica, y estuvo doce meses bajo el cuidado de un médico sin aliviarse, viendo lo que yo había conseguido con el uso del *Jarabe Curativo de la Madre Seigel*, lo tomó á su vez y se ha puesto bueno. Los dos estamos ahora sanos y fuertes.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Ld., de la calle de Caspe, número 155, Barcelona, estos señores tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado explicando las propiedades de este remedio.

El *Jarabe curativo de la Madre Seigel* está en venta en todas las farmacias. El precio del frasco es de 14 reales, y el del frasquito, 8.



ENTRE YANKEES

—¿A qué hora hemos volcado?
—A las cuatro y veinticinco.
—Mr. Jaggs ha perdido la apuesta. ¡Quiso sostener que no llegaríamos antes de las cuatro y media.... !

Imp. de Montaner y Simón